

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

600 T  
Sr. RAMERO

LAS COSTUMBRES DE MEXICO EN  
LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX  
VISTAS POR GABRIEL FERRY Y  
OTROS ESCRITORES EXTRANJEROS



FILOSOFIA

TESIS QUE PRESENTA KURT THURMANN WERNER  
PARA OPTAR AL GRADO DE MAESTRO EN LETRAS

MEXICO 1948



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A M E X I C O,  
Mi Segunda Patria

I

CONSIDERACIONES GENERALES

El examen crítico de la obra del francés Gabriel Ferry, en lo que se refiere a sus libros sobre México, y dentro de ellos el justiprecio de su penetrar en las costumbres mexicanas, ha de ser el núcleo de este ensayo.

Sin menospreciar el peligro de aferrarse a una posición apriorística y querer probar una tesis, establecemos la hipótesis que luego enunciaremos, para corroborarla o desecharla después de las investigaciones. Tal prejuicio sostiene una como doctrina Monroe para los escritores costumbristas, lo que en nuestro caso equivale a reservar el costumbrismo mexicano para los mexicanos, a causa de la imposibilidad que en nuestro entender existe para el extranjero de llegar a la esencia de costumbres que no son suyas.

¿Es posible, aún con muchos años de vivir en un país al que se llegó como hombre formado, penetrar hasta la raíz de sus costumbres? Fernán Caballero, da la contestación hablando de los cantos andaluces, cuya gracia "no puede comprender y de que no puede gozar un extranjero sino después de una larga residencia en España y sólo identificándose por decirlo así, con la índole nacional" (1).

Así como ningún extranjero pierde por completo su acento lingüístico al hablar el idioma adoptivo, tampoco podrá deshacerse del acento espiritual adquirido en su país de origen. Dice en la máxima 342 La Rochefoucauld: "L'accent du pays où l'on est né demeure dans l'esprit et dans le coeur comme dans le langage". Tal acento hace de Ruiz de Alarcón un poeta mexicano.

Esa configuración mental no permite sino al hijo del país escribir costumbrismo auténtico. El huésped produce un costumbrismo híbrido porque tiende a comparar las costumbres que está observando con las suyas, que involuntariamente toma como medida. El observador natural del país compara también. Pero su vara está hecha en casa. La forman las buenas costumbres de antaño. Esta comparación lo lleva a la crítica de las malas costumbres y aún al sermón moral, como en el caso del Pensador Mexicano.

El costumbrismo híbrido, se nos presenta en la pintura y la música no menos que en la literatura. Visitemos la exposición de un pintor desconocido y preguntémosnos quien puede haber pintado lo mexicano que miramos: un mexicano o un extranjero, y veremos que fácilmente acertamos. Podemos hacer la misma prueba con una pieza de música. Basta recordar la música nada española de Bizet que para los europeos

representa España.

El huésped o el hijo adoptivo de un país no pueden lograr más que una buena fotografía costumbrista. Sólo un hijo de México puede pintar genuino costumbrismo mexicano en el lienzo de su arte específico sin dejar en su obra algo que no sea mexicano. El costumbrista extranjero no puede evitar de proyectar elementos extraños en su obra, que así cesa de ser exclusivamente mexicana, y esta exclusividad es, en nuestro entender, una de las condiciones "sine quibus non" de la auténtica obra costumbrista.

El costumbrista extranjero se dirige inconscientemente a sus compatriotas. Como éstos no conocen el lejano país, el artista construye un puente que los conduce a una representación comprensible, puente formal, ya que Ferry v. gr. describe en francés sus impresiones mexicanas, y puente ideológico, cuando hace comparaciones con las cosas de su país para facilitar la comprensión de las cosas mexicanas. Otro puente de esa índole y que conduce a una imagen romántica cuanto falsa de nuestro país consiste en subrayar lo español, componiendo v. gr. vales al estilo de "In a little Spanish town" o exagerando en los hoteles el aspecto colonial. Como no existe siempre una España que puede facilitar la imaginación de un México, el costumbrista extranjero exotiza a veces el país lejano y desconocido.

Los viajes destruyen la ilusión exótica que nos forjamos de un país ~~que~~ no conocemos como quiera que no existe un país que sea tan bello como la imagen que de él formamos antes de conocerlo. Como esa quimera no cede hasta que el viajero se ha convertido en inmigrante, no falta un período transitorio de fértil imaginación que se alimentó en la primera impresión exótica de lo desconocido. El hombre común ~~tem~~ fotografía a granel o se desahoga mandando tarjetas ilustradas. El que escribe costumbrismo corre el peligro de buscar sólo lo extraño, lo singular, lo diferente.

Así como dejamos de platicar sobre cosas demasiado conocidas, también cesamos describiendo aquello que ya no excita nuestra atención; lo que explica porque los más de los libros sobre países extranjeros se escriben bajo la primera impresión del nuevo país. Es fuerza que no pueden tocar más que la superficie. Son leídos con gran interés, pero sólo por los que estuvieron en tal país o se proponen visitarlo. Los naturales no los leerán. Esos libros son expansiones subjetivas nacidas en el deseo de sus autores de comunicarse. No llegan a la descripción objetiva y menos a la crítica. Son esferas multicolores colgadas en el árbol costumbrista cuyos frutos no son.

Los más extranjeros, aunque pasen toda su vida en el país, no escriben costumbrismo. No se suele lavar la ropa ajena. Por esa razón sólo el viajero, que al venir no pensó quedarse, acaso escribirá, y eso en los primeros tiempos de su estancia, libros prematuros. Y cuando llegó a echar raíces y un día llega a releer lo que escribió, fácilmente

se avergonzará al ver lo mal ajustado que le quedó el vestido a su criatura espiritual.

Sin anticipar el resultado de nuestra encuesta no queremos dejar de citar aquí dos costumbristas españoles de la época, que apoyan nuestra hipótesis: Mariano José de Larra y Fernán Caballero. Dice Fíguro: "...las naciones más adelantadas no se contentaron ya con observarse a sí propias y bosquejarse, sino asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre países remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de viajes, paseos, ojeadas, *novelas*, cartas, etc... Pero si hasta para observar a sí propio es fuerza estar dotado de singular penetración, ¿qué podrá suceder a los que... osan a la primera ojeada darse por pintores de los demás?" (2). Y Fernán Caballero dice:... la novela de costumbres... Es la novela por excelencia... Cada nación debería escribirse las suyas" (3).



FILOSOFIA

NOTAS:

- 1 Fernan Caballero: "La Gaviota" pág. 165.
- 2 Mariano José de Larra: "Panorama Matritense" artículo I, pág. 97.  
Tomo II Obras completas de Figaro.
- 3 Fernán Caballero: "La Gaviota" pág. 144.





II

GABRIEL FERRY

Las obras de Gabriel Ferry sobre México, fueron escritas primero en artículos sueltos que aparecieron de 1846 en adelante en la "Revue des deux mondes" para ser reunidos en libros después de su muerte acaecida en 1852. No compuso sus escritos al calor de la actualidad sino los sacó de la memoria muchos años más tarde y ya de regreso, en Francia, amasando sus recuerdos con invenciones fantásticas, con el resultado de producir narraciones exóticas que cobijan las costumbres de México en un vestido de imaginación romancesca. Puebla las escenas de personajes cuya descripción física prueba que no los inventó, mas cuya pintura moral parece ser, a veces, el producto de su imaginación, propensa a introducir en todo lo extraordinario y lo fantástico. El ceder al impulso de su imaginación es para Ferry una afición que le proporciona solaz y descanso en medio de sus actividades de hombre de negocios. "Jamais les lettres ne furent son occupation principale" dice de él su biógrafo anónimo en la introducción a "Les Révolutions du Mexique".

El francés escribió sólo durante cinco años, los últimos de su trunca vida. De no haber cedido a su admirable "nonfichisme" que en México lo había sacado de tantos apuros durante sus peligrosas peregrinaciones, y de haberse arrojado al tercer bote salvavidas de la incendiada "Amazonas" en vez de conformarse ante lo que le pareció inevitable, exclamando: "mourir pour mourir, j'aime autant rester ici", Ferry hubiera sido uno de los veinte supervivientes del desastre que fueron recogidos por el buque holandés "Gertrudia" en el golfo de Vizcaya. Este fin trágico de un viaje que debió llevarlo a San Francisco para ocuparse en la repatriación de algunos frustrados gambusinos franceses, según a la vez que la vida, la incipiente carrera literaria de Gabriel Ferry. Aconterció ésto a los 42 años de su vida, en los primeros días del año 1852.

El desenvolvimiento de su afición literaria que había comenzado con ensayos históricos (1) y pasó por el costumbrismo novelesco para llegar finalmente a la libre ficción, indica a las claras el rumbo en que lo empujaba su genio. En las novelas "Costal l'indien" y "Le coureur des bois ou les chercheurs d'or" el costumbrismo ya no desempeña sino un papel secundario. Es importante para la comprensión del costumbrismo mexicano de Ferry estar atento a la expansión proaersiva de su vena novelesca.

George Sand, prologando "Les Révolutions du Mexique" afirma que el francés se vanaglorió de que las aventuras que relató eran casi todas reales (2); y el biógrafo ya mencionado dice lo mismo citando

las palabras del autor al efecto de que lo novelesco de las costumbres mexicanas expone a quien las pinta de ser tachado de narrador poco serio (3). Las dos citaciones corroboran el hecho de que los escritos de Ferry producen una impresión un tanto fantástica en el lector, tanto más cuanto que la afirmación de ser verídico es frecuente en los novelistas para adobar la ficción con la apariencia de la realidad. Habremos de investigar si el costumbrismo mexicano de Ferry se ciñe a lo real o si el novelista prevalece sobre el observador; si lo que ofrece a sus lectores franceses es una información verídica sobre aquel país lejano y punto menos que desconocido, o una quimera que lisonjea en el lector curioso la propensión a lo extraordinario, pero que puede también enardecer la ambición de un aventurero como Raousset o convertir a un príncipe bien intencionado en víctima de una orientación fabulosa de la opinión europea.

Hacia fines del año 1830, Eugène Louis Gabriel Ferry de Bellemare entró en la casa de comisiones que su padre poseía en México. Tenía entonces 21 años. Había nacido en Grenoble en 1809. Su padre era "conservateur des eaux et forêts" del departamento de Simplon, durante el Imperio. Fordió la esposa cuando Gabriel tenía ocho años. En la Restauración se metió comerciante.

Parece que su hijo no se preocupaba mucho por los negocios en la ciudad capital mexicana. En cambio buscaba toda clase de aventuras que le proporcionaban la oportunidad de "sorprender las costumbres de los habitantes en su desenvolvimiento más íntimo" (4). Pero su inquietud aventurera necesitaba más expansión de la que permitían la capital y sus alrededores. Soñaba Gabriel con los desiertos del norte, jauría de los trashumantes Comanches, Apaches y Sioux, nómadas de las inmensas "prairies", decantadas en los famosos "Leather stocking tales" de Fenimore Cooper, cuyo influjo en Ferry es tan patente. La necesidad de llevar a cabo un negocio importante en California, país poco poblado aún, presentó la ansiada ocasión de visitar aquellas regiones románticas. Consintiendo la afición aventurera de su hijo, el padre Bellemare le dió permiso de explorar el desierto una vez concluido el negocio, motivo del viaje.

Un día, Gabriel Ferry regresó, incognoscible para sus propios amigos por lo crecido de la barba y el estado deplorable de los vestidos. Habían pasado catorce meses, durante cuyo término el aventurero hubo recorrido 1,400 millas a caballo .

En el norte de Sonora halló al cazador canadiense Dupont, tipo de hombre que está muy cerca de la configuración sentimental de Ferry y de quien habremos de hablar todavía más a la larga.

Gabriel Ferry regresa a Francia a principios de 1837. Ha vivido durante siete años en México y ha llegado a conocer "los pormenores más sutiles de las costumbres mexicanas, usanzas, supersticiones, leyes, vicios y abusos" (5) y lo que llama el biógrafo anónimo en imitación de Ferry (5a.) "decadencia precoz de esa república de ayer" de cuyas

lacrás el espíritu deplorable del ejército habría sido, al decir del comentarista, lo que Ferry reconoció como más pernicioso y arraigado. (6). Este comentario fué escrito en 1863, onco años después de la muerte de Gabriel Ferry; treinta años después de que había comenzado a observar esa "decadencia"; un año después de la batalla de Puebla, en la cual el soldado mexicano y el soldado francés rivalizaron en bizarría. Lo que parecía un síntoma de caducidad prematura no eran sino las vacilaciones de la adolescencia de la joven República.

En 1840 Ferry viaja por la España entonces dividida entre Carlistas y Cristinos. En el mismo año compra el empleo de corredor de una compañía de seguros marítimos, ocupación que deja cuatro años más tarde para encargarse de la gerencia de "L'Espérance", otra compañía del mismo ramo. Es ahora cuando empieza a escribir sobre México. Primero "Le Courier Français" y "L'illustration", y después "La Revue des deux mondes" le sirve de tribuna para dirigir la palabra a la opinión francesa. Sus artículos aparecen al lado de los ensayos de estadistas, literatos y hombres de ciencia.

La parte de la obra mexicana de Ferry, cuyo título promete una cosecha rica de costumbrismo se halla en el tríptico: "Scènes de la vie sauvage au Mexique", "Scènes de la vie mexicaine" y "Scènes de la vie militaire au Mexique". El título de "Les Révolutions du Mexique" da a entender su contenido histórico. También histórico es el artículo: "La guerre des États-Unis et du Mexique. Scènes et épisodes de la invasion. Fuera de los libros que por sus títulos prometen temas costumbristas o históricos y cuyos límites ya no dejan bastante holgura para el desenvolvimiento de su viva imaginación, Ferry empieza a darse a la ficción romanesca en que las costumbres no son esenciales. "Costal l'Indien", cuya traducción al castellano lleva el título más explicativo de: "El indio Costal o el dragón de la reina. Escenas de la Guerra de Independencia de México" encrespa más todavía los datos históricos que están al fondo de "Scènes de la vie militaire au Mexique". "El explorador de las selvas o los buscadores de oro" ensancha los datos costumbristas aportados en "Scènes de la vie sauvage au Mexique", datos que aprovecha Ferry también en "Costal l'Indien", proyectando sobre un período histórico anterior las costumbres que observó en México.

Las demás obras del francés: "Les Squatters", "Tancrède de Chateaubrun", "La chasse aux Cosaques" y "La clairière du bois de Hogues" sustituyen otros países a México, país que durante tantos años aprisionó su pensamiento aventurero, formado quizá "a priori" al calor romántico de los libros de Cooper y aún de los de Chateaubriand, (7) y cuyo romanticismo había de desgastarse pronto al roce de la dura realidad mexicana.

Los primeros artículos sobre México, que de la mano de Ferry aparecen en la "Revue des deux mondes" en 1846 y que formarán más tarde el libro intitulado "Scènes de la vie sauvage au Mexique" son

los que ofrecen el costumbrismo más acendrado de su obra. Sin embargo de ello ya es de notarse como lo novelesco sigue en aumento de un artículo a otro, opacando más y más la intención costumbrista del autor. Dijimos con antelación que Ferry aprovechó los datos costumbristas reunidos en las "Escenas de la vida salvaje de México" para sus novelas, y tanto es así que las escenas que observó en Sonora afloran por todas partes, particularmente en "El explorador de las selvas o los buscadores de oro".

En el primer artículo "Souvenirs des côtes de Californie, José Juan, le pêcheur de perles" acompañamos a Ferry a Cerralbo y Espíritu Santo, dos pequeñas islas en el golfo de California, en cuyos lugares, durante los meses de Junio y Julio, la pesca de perlas aumenta el número de los habitantes a doscientas y hasta trescientas almas. Los buzos se reclutan entre los indios de la costa californiana o de la de Sonora que está enfrente. Vienen acompañados de sus familiares así como las brujas de los diferentes tribus que se encargan de hechizar los tiburones. Los intrépidos pescadores aguantan tres o cuatro minutos debajo del agua para regresar fatigadísimos a la superficie. Ello no obstante bajan cuarenta a cincuenta veces durante la mañana. Los Yaquis son los mejores buzos. Se defienden de los tiburones valiéndose de la "estaca" que meten entre los dientes de la ficra impidiéndola de cerrar la boca. La "tintorera" es el tiburón más temido. Los buzos reciben perlas como sueldo. Se las compran los "rescatadores". La pesca de la tortuga de carey tiene lugar en los mismos meses. Menciona Ferry el "botete", pez venenoso que se hincha al aire y revienta.

"Une guerre en Sonora", artículo que aparece un mes más tarde, enfoca la costumbre política de los pronunciamientos. La táctica de estas revolucioncitas casi todas en pro o en contra de Santa Anna, forma también una parte del fondo costumbrista en "Le capitaine don Blas et la conducta de platas", cuya historia suministra a la vez un retrato desalentador del militar mexicano de la época, más digno de compasión que de censura, concepto que está en contradicción con los costumbristas mexicanos que compadecen más al empleado de gobierno sometido a frecuente dieta que no al militar. (8) Un coronel, comenta Ferry en "Une guerre en Sonora", que quiere subir a general, se cree en el perfecto derecho de pronunciarse por una causa cualquiera. Y sigue diciendo: en ninguna parte estas revoluciones tienen causas más fútiles y resultados más inesperados". Como ejemplo sirve el caso de un comandante de Guaymas que quiere pronunciarse contra Santa Anna, pero, al ser informado que éste acaba de caer, hace una marcha política y se pronuncia en pro de Santa Anna.

Ferry no omite ocasión de mofarse del clero. Aquí es un sacristán que convierte en cecina las vacas de un amigo. Después de la muerte de éste, le corta las orejas y las muestra para conseguir dinero para misas; en "Les Gambusinos" un monje franciscano tiene doce ahijados que le dicen papá; y así por el estilo.

Este último artículo que lleva como subtítulo "Scènes de la vie des bois dans l'Amérique du sud" trata de los buscadores de oro, "especie de mineros vagabundos" que son para la industria minera lo que los "pionniers" americanos para la agricultura y el comercio (9). Esta última comparación se halla en "Le coureur des bois ou les chercheurs d'or" donde al lado del cazador noble giran los gambusinos avarientos en torno de los tesoros enloquecedores del Valle del Oro con sus trozos de oro macizo, grandes como nueces de coco. Sobre cualquiera costumbres que pudiera hacerse cargo de los arcanos del gambuseo ya que no hay sino recoger el oro a manos llenas. En el artículo, menos fermentado aún por la imaginación que la novela, el gambusino explota primitivamente con la barreta los afloramientos de oro de los "crestones", las rocas de quartz. En la novela las luchas con los indios salvajes, competidores de los gambusinos, tienen lugar en episodios muy pintorescos que llenan la mayor parte del libro. Veremos más adelante como el gran interés que a Ferry merece todo que atañe a la minería lo lleva a profundizar sus conocimientos de esta industria y dar pormenores técnicos, costumbristas y anecdóticos en "Scènes de la vie mexicaine: Les mineurs de Rayas".

"L'Hacienda de la Noria" suministra a Ferry los apuntes para las escenas de caballos salvajes, herraderos, caza de jaguares y búfalos, incendios de la estepa y otras que abundan en sus novelas. Contiene también observaciones sobre la vida en una hacienda con su sello de "féodalité rustique et de simplicité patriarcale", además de "un parfum de mystère fort à mon goût". Esta fragancia de lo misterioso no impide al francés de ver con ojos prácticos los abusos de las tiendas de raya.

El artículo "L'Île du Tiburón, Cayetano le contrabandiste. Souvenirs des côtes de l'océan Pacifique" toma por blanco de la crítica costumbrista el contrabando, que al decir de Ferry ha siempre desviado los inaresos más importantes del fisco en los puertos de los dos océanos. El contrabando se ejerce por los empleados públicos, que de esta manera cobran sus sueldos devengados, en cuanto que los soldados y hasta los oficiales se asocian a los bandidos del camino real.

Las ceremonias paganas del nacimiento del sol celebradas por los indios Papagos el mismo día que la Navidad dan lugar a una serie de pinturas de fuerte sabor exótico. De pasada leemos de la usanza de castigar con ostracismo el odio entre dos miembros de la tribu; los adversarios deben salir del pueblo en direcciones opuestas.

Entra en el cuento un inglés misterioso que embarca secretamente un tesoro. Cuando Ferry se extraña que el inglés tiene confianza en un contrabandista, aquél le contesta, que hasta a los arrieros desconocidos se les confía grandes sumas a cambio de un simple conocimiento. Este apunte costumbrista realza la honorabilidad de un grupo social mexicano que era de mucha importancia antes del advenimiento de las vías férreas. Ferry viajó una y otra vez en compañía de arrie-

ros o chinchorreros como solía llamarlos Luis G. Inclán. El hecho de que el misterioso inglés resulta de repente ser un ex-torero andaluz no deja de provocar hilaridad cuando nos figuramos lo poco que el dialecto de Sevilla dejaría en pie de las voces anglosajonas.

En "Le salteador, scène du désert et de la vie mexicaine", último artículo de las escenas de la vida salvaje de México, Ferry, feliz, halla el objeto de sus sueños: "les prairies", las estepas infinitas que arrancan cerca del presidio de Tubac, al otro lado del río de San Pedro para extenderse hasta el río Missouri. (10).

Por el desierto camina una conducta de plata bajo la sólo y única vigilancia de unos arrieros. Hay un asesinato en el desierto que llega a aclararse gracias al arte de leer huellas. Ferry explota esta habilidad con una frecuencia tal, que tenemos que hablar de ella todavía en conjunto.

Las "Scènes de la vie militaire" deberían llamarse escenas de la guerra de Independencia. A la verdad el título nos hace esperar algo que pertenece al presente. En estas escenas, el autor fuerza la historia de la independencia en un marco anecdótico un tanto cuanto barato. Lo romancesco ahoga a veces el sentido histórico con episodios rebuscados en que los "dei ex maquina" arrastran una acción complicada que nos recuerda a Gil Blas. En el primer artículo enredos con salteadores y contrabandistas enlazan el presente viciado con el noble pasado al través de la narración de un veterano de 1810, el capitán Ruperto Castaños, cuyo sobrino, bandido por más señas, da una fiestecita en Guadalajara que hace pensar en el neo-mexicanismo españolizado para turistas y en la cual tres mujeres de "vertu suspecte" bailan algo indefinido al compás de sus castañuelas. La comida le parece excelente a Ferry como quiera que la guisó un cocinero francés. Veremos todavía lo que dice en otras ocasiones de la cocina nacional.

El nombre exacto de esta escena es "Cabecillas et guerrilleros, Scènes de la vie militaire au Mexique. I. Le capitaine Ruperto Castaños." El artículo que sigue, es la segunda parte del mismo cuento, con el subtítulo. "Les sept norias de Bajan". Trae la continuación de las aventuras del capitán. Si bien la perífrasis de los hechos históricos de la matanza de españoles de Guadalajara, por orden de Hidalgo, en la malhadada hacienda de la barranca del Salto y la trágica caminata del benemérito cura y sus fieles de Saltillo a Monclova, no es menos fantástica que las excursiones imaginarias del primer artículo, con todo hay la diferencia de que los eventos en sí son más dramáticos y que Ferry no distrae la atención que prestamos a la historia del veterano con una "mise en scène" de pálido costumbrismo como en el artículo anterior. Para examinar el grado de ficción en que están envueltos los hechos reales, habría que cotejar la versión del francés con las fuentes históricas que consultó (11), tarea que sale de los límites del presente ensayo. Pinta cuadros ya de un romanticismo puro ya de un naturalismo brutal. Ora gime la naturaleza al compás de los tristes he-

chos humanos (12); ora abundan las cabezas cercenadas y viscosas, clavadas en árboles, atadas en sillas o llevadas entre los brazos del decapitado dueño, que amarrado sobre su montura, espanta los áridos llanos del norte con su carrera apocalíptica (31).

Es excelente la descripción de la escena histórica de la captura de Hidalgo, observada desde una colina suficientemente elevada para ver la caballería del traidor Elizondo, escondida detrás de un cerro e invisible para la tropa que acompaña al benemérito cura. Ferry tiene la imaginación plástica de un pintor de batallas y si describe una acción situada en un paisaje, la impresión topográfica que de ella llevamos es perfecta.

Sigue la narración del capitán insurgente con la apoteosis del soldado Valdivia, alias "el Cureño" (14), héroe humilde que es de la toma de la hacienda de San Eustaquio, posición clave que defendió Zacatecas. Los restos del ejército insurgente bajo el mando del general Ignacio Rayón habían marchado de Saltillo a Zacatecas, continuamente instigados a la sedición por el general Ponce, agobiados por la sed. Un valiente soldado sirve de cureña al cañón que abre brecha en el muro de la hacienda. Después de tres descargas el atlético Valdivia se ha convertido en una ruina humana. El hecho nos recuerda al tío de Tacho Reniego en "Astucia" que hace una proeza similar, pero queda solamente medio sordo del oído derecho. El episodio del soldado Cureña está engastado en otro no menos pintoresco. La barda trasera de la hacienda de marras se apovaba en la orilla de una barranca, "El Voladero". Entre el abismo y la pared había sólo un paso estrecho. Dos oficiales insurgentes se hallan súbitamente frente a frente. Imposible dar vuelta con las monturas. Uno tiene que morir. Se apalabran que él, cuyo caballo relincha primero, debe dar paso al otro, lo que equivale a un despeño mortal. Esto parece tocar en suerte al narrador Ruperto Castaños. Una ocurrencia lo salva. Con un puñal da la puntilla a su caballo y queda a cuclillas sobre el animal muerto. Lo envía con un puntapié a la barranca y mientras que se aferra entre la senda y la barda, el otro sigue el camino.

En "Cristino Vergara" lo novelesco se encrespa como la puente de bejuco de Palo Mulato. Hay una venganza con conflictos cornelianos; el padre y el novio de la muchacha se odian. Y luego otra venganza más, a la manera de Monte Cristo, veinte años después de la guerra de independencia, entre un oficial que combatió del lado de los españoles y otro que estaba del lado insurgente. El desenlace sucede en las sombras de la selva virgen. Cristino Vergara, gaucho chileno, cae por la bala del partidario español en el momento cuando ya tiene al novio de Fleur de Liane a merced de su terrible lazo de bolas.

"El rastreador", es la última de las cinco escenas de "Cabecillas et guerreros". El veterano Luciano Gamboa, el "Berrendo", busca a los sobrevivientes de la batalla de Púcuaro en 1814; unos cien insurgentes bajo el mando del general Ramón Rayón han desaparecido co-



mo si la tierra los hubiera tragado. Antes de desaparecer habían abierto las tumbas en el templo del lugar para hacerse de salitre con que fabricar pólvora. De una de estas tumbas sale Andrés Tapia, "el rastreador" "le chercheur de traces", insurgente, que igualmente busca a Ramón Rayón, para entregarle una carta de su hermano Don Ignacio Rayón.

El Berrendo y el Rastreador se enamoran de Luz, cigarrera de Púcuaro, cuya dueña, (15) como llama Ferry a la madre de la muchacha, aconseja a ésta de aprovecharse de la rivalidad entre los dos amigos para hacerse acompañar de Púcuaro a Tehuacán, donde se halla el padre de Luz, también insurgente. Antes de partir, los dos amigos llegan a descubrir a los insurgentes extraviados en una enorme gruta cerca de Púcuaro, donde el general Ramón Rayón fabricaba pólvora y cañones en cuatro fundiciones subterráneas, sin que los españoles se dieran cuenta de ello.

Luz y su madre, acompañadas de los dos enamorados, se dirigen a Tehuacán, caminando de noche para evitar encuentros con los españoles y para dar a Ferry una oportunidad de introducir en la narración la leyenda oaxaqueña del "segador de la noche", espectro de un español de los tiempos de la conquista que paga el mal que hizo a los indios con el castigo de segar eternamente alfalfa en las noches de luna. El Rastreador, portento en achaque de leer huellas, no cree en fantasmas y aclara el misterio, haciéndose pasar por español frente al presunto duende que resulta ser un español disfrazado con un sombrero de pluma a la usanza del siglo XVI. Al pedirle alfalfa el Rastreador, el segador explica que está desempeñando el papel del "segador de noche" para envenenar la alfalfa y matar así los caballos del regimiento insurgente del general Manuel de Mier y Terán en Tehuacán. No dice como se las compone para envenenar tanta alfalfa. Con todo, el Rastreador llega a tiempo para salvar los caballos y el general se convence del peligro al ver morir un caballo a cual se ha dado el herbage ponzoñoso. Esta idea del envenenamiento de forraje la hallamos también en "Scènes de la vie mexicaine, Le capitaine Don Blas et la conducta de platas" (16).

Aceptados como guías en el ejército de Mier y Terán, el Berrendo y el Rastreador toman parte en la expedición para tomar Playa Vicente cerca de Coatzacoalcos, donde está aguardando un buque del inglés Robinson con armamentos.

Ha comenzado la temporada de lluvias. El desbordamiento de los ríos causa inundaciones, hecho, que en manera alguna inquieta a los habitantes de cierto pueblo enteramente inundado. Asistimos al peregrino espectáculo de como la gente entra y sale en canoas por las puertas de los templos como si tal cosa, ora para enterrar un muerto, ora para celebrar un acto de casamiento. Otros habitantes encaramados en las azoteas, los pies colgados, se dedican a la pesca de los peces que, asustados por la corriente brusca de los ríos, han venido a

refugiarse en los patios y pisos bajos de las casas. Como la temporada de las lluvias es la de las fiestas, todo el mundo está contento. No dice Ferry donde halló ese pueblo digno de Utopía y cuyas casas deben de haber sido construídas todas de piedra ya que no se habla de derrumbes. (17) Descripciones de costumbres como esta muestran a las claras la ardiente imaginación del autor.

El artículo cierra dramáticamente con la muerte del tuerto Rastreador que en la lucha en un puente de bejuco cerca de la barra de Coatzacoalcos pierde su último ojo y ruega al Berrendo de quitarle una vida ya odiosa, deseo que cumple el amigo hundiéndole dos veces el puñal en el corazón. (18) Escenas como la descrita no nos convencen del juicio del tantas veces mencionado biógrafo anónimo al efecto de que Ferry "ne vise jamais à l'effet". (19)

La escena de la inundación, que en "Le Rastreador" aparece como causa de regocijo, y cuyos pormenores parecen escritos para "épater le bourgeois", toman un aspecto más real en la novela "Costal l'indien". Aunque el calibre ancho de la novela deja más espacio para la ficción que el artículo relativamente limitado de la "Revue des deux mondes", en "El indio Costal" el autor no menciona siquiera aquella escena de la iglesia medio sumergida que funciona normalmente. Se echa de ver que es la misma inundación que pinta, pero la describe como la catástrofe que realmente es y si menciona las canoas empavesadas ocupadas por muchachas coronadas de flores, busca a disculpar esta conducta como la despreocupación feliz de la juventud. (20) Para Ferry, la temporada de lluvias es "el invierno de los países de América situados en estas latitudes" (21).

Las dos ediciones de "Costal l'indien", que hemos podido examinar, son la francesa de 1906 y la española de 1908. Esta última parece ser traducida de una edición más completa que la de 1906, la cual arrojó aparentemente lo que para un lector juvenil de diez a quince años pueda parecer lastre, conviene a saber: consideraciones políticas o sutilezas femeninas, para guardar sólo lo estrictamente aventurero; y basta mirar las numerosas ilustraciones de la edición española para convencerse que el libro fué publicado para muchachos. Con orden a su volumen, esta edición "ad usum delphini" equivale a una reducción de un treinta por ciento sobre poco más o menos de la edición española que rastillamos para nuestros fines. La confrontación de un trocito correspondiente a una y otra edición y que damos aparte (22) ejemplifica nuestra aseveración.

En "Costal l'indien" no hay otro indio que Costal, descendiente directo de los caciques de Tehuantepec. Costal se ha propuesto de aprovechar para sus fines personales la insurrección de Hidalgo, y, valiéndose del oro que espera descubrir con la ayuda de la "sirena de los cabellos torcidos", resucitar en su persona el cacicazgo y la dominación que ejercían sus antepasados. No más auténtico que los indios de Molière o los persas de Montesquieu, el indio Costal es un indio de comedia. Anda con su concha a guisa de trompa de caza, pri-

mitivismo que no está de acuerdo con la carabina. Su traje consiste en una especie de túnica con mangas cortas y calzones cortas de piel de fiera. Tiene dos gruesas trenzas de cabellos y bigotes bastante poblados, cualidad poco típica en un indio. El zapoteca trabajaba antes como buzo en la pesca de oaxaqueña, en el golfo de California y es ahora tigrero de una hacienda oaxaqueña, ocupaciones a la verdad muy distintas y lugares muy distantes, principalmente en una época en que para un indio no había otros medios de locomoción que los pies o si acaso una humilde montura. Como nació en Tehuantepec, Costal hubo de hacer dos viajes enormes.

Vemos como las largas caminatas de Ferry se reflejan en sus personajes. El viaje de Púcuaro a Tehuacán, en el "Rastreador" es otro caso. Un tercero hay en "Scènes de la vie sauvage" cuando un salteador que operaba en el norte de Sonora reaparece como jefe de una cuadrilla en San Juan de los Lagos.

El inseparable compañero de Costal es el negro Clara que sirve de eco débil y contraste cómico al fuerte indio.

En las noches de luna nueva, Costal hace conjuras fantásticas de la divina esposa de Tlaloc, Matlacuezc, la "sirena de los cabellos torcidos". Esta aparece "a los que se atreven invocarla con valiente corazón" sobre la espuma de las cataratas y en la superficie de los lagos desiertos. Siguiendo la misma técnica como en el caso del "segador de la noche", Ferry destruye la superstición, dando una explicación plausible de la aparición sobrenatural de la sirena que resulta ser el cadáver de la infeliz Marianita que sube como pálido espectro a la superficie del lago de Ostuta, donde se ahogó.

Al lado del intrépido cazador de tiburones y jaguares, un canónigo de Valladolid, (hoy Morelia), convertido por curiosas circunstancias en héroe involuntario, y un valiente militar, capitán de dragones, que combate contra los insurgentes para vengar el asesinato de su padre, son los personajes principales de la novela, que reviste la figura heroica de Morelos y sus partidarios de un manto romanesco de amplísima hechura. Las luchas entre los insurgentes y los españoles con sus heroísmos y bajezas sirven de fondo para el amor romántico de la criolla Gertrudis, ardiente partidaria de la independencia, y el dragón de la reina, en cuyo corazón luchan el amor y el deber. El juego de amor con largos diálogos empalagosos de un trasnochado romanticismo se resiente de la falta de experiencia en un género que Ferry apenas estrena.

Las rancheras criollas que nos presenta Ferry en esta novela pertenecen antes al teatro que a la realidad. El mismo día de la catastrófica inundación, las dos criollas se pasean en una barca cuyos bancos se hallan cubiertas de "tapices de damasco de seda punzó, hundiéndose en el lago su remo pintado de diversos colores". Aunque en la chalupita van varios hombres, son las dos mujeres "cuyas delicadas manos manejaban los remos, siguiendo el uso del país". Están dia-

metralmente opuestas a la imagen ideal de la ranchera mexicana que pinta en Camila el autor de "Los hermanos de la hoja". Gertrudis y Marianita no tienen más perfil campesino que las pastoras de Watteau.

Si el "Indio Costal" es la amplificación, en cierta manera, de las "Escenas de la vida militar", el "Coureur des bois ou les chercheurs d'or" transforma en un vasto fresco, lo que en las "Scènes de la vie sauvage" es ligero esbozo. Su tema principal es la lucha entre gambusinos e indios salvajes en los desiertos de la frontera norte de Sonora. A los recuerdos de México se añaden los de España, país que Ferry recorrió en 1840, tres años después de su regreso de México.

De querer encasillar la novela en un género conocido, la calificáramos de novela histórica, uno de los productos del romanticismo. Cuadra para ella lo que Alfred de Vigny dijo de las novelas de Scott, en las cuales los personajes inventados actúan, en cuanto de tarde en tarde pasa a lo lejos una gran figura histórica (23). Aquí el personaje histórico que apenas se asoma es Don Carlos, hermano de Fernando VII.

Antonio de Mediana, segundón de una rancia familia española y que por la violencia llega a usurpar el nombre y la fortuna de su sobrino Fabián, quiere conquistar Sonora para Don Carlos. En el norte de este enorme estado vuelven a encontrarse, veinte años después, en 1830, los protagonistas de un drama sangriento, que tuvo lugar cerca de un castillo gótico en la costa del golfo de Vizcaya. Son éstos el segundón usurpador, asesino de la viuda de su hermano; su sobrino Fabián de Mediana que sobrevivió milagrosamente y su salvador, el entonces marinero, hoy explorador de las selvas, Bois-Rosé; y otras personas más, que deben muertes o buscan alguna venganza. Casi en todas las historias de Ferry la venganza es el resorte principal de la acción y los personajes, grandes y chicos, viven al impulso de viejas rencillas. Es difícil no pensar en el conde Raousset y hasta en Maximiliano cuando escuchamos al segundón de los Medianas explicar sus planes para la conquista de Sonora (24).

Aunque la pretensión del autor de escribir costumbrismo es menos manifiesta en esta obra de pura ficción que no en las diferentes escenas de la vida mexicana, no por eso deja de hacerse patente tal intención (25). Sin embargo de ello hay poco sabor mexicano en el "Coureur des Bois". Lo que hace del libro una novela que perdurará en la literatura para adolescentes, es el entusiasmo que Ferry vertió en él. Es un sano libro de aventuras donde el bueno es premiado y el malvado no escapa al justo castigo.

Ya nos hemos remitido en varias ocasiones al libro "Les révolutions du Mexique" cuyas relevantes cualidades fueron ensalzadas por George Sand que coloca este libro al lado de las "Vidas paralelas". Hay que leer los retratos para comprender de lo que es capaz el estilo de Ferry, cuando la limitación de un artículo de revista lo obliga a condensar la abundancia de sus pensamientos. La historiografía de

Ferry, quien en los siete años que vivió en México trató de compenetrarse en la historia del país, bebiendo en buenas fuentes históricas y pisando a la vez las sendas de los protagonistas, merece ser tomada en cuenta como uno de tantos tributarios de opinión que nutren el caudal de la verdad histórica. Aquí la gesta se erige a veces en clásica desnudez, libre de los tupidos envoltorios que el francés nos obliga a deshojar a veces en sus novelas. Ferry sabe contagiarnos con el entusiasmo que no puede esconder al referir las proezas de Xavier Mina, en cuyo retrato podemos descubrir ese inconfundible aire de familia de los exploradores de Ferry. Los otros retratos de esta galería íntima, todos ellos excelentes, pertenecen a José Antonio Torres, Iturbide, Santa Anna, Bustamante y Lucas Alamán. George Sand alaba ante todo el boceto biográfico de Santa Anna. (26)

La cosecha de costumbres contenidas en este libro no pudo ser grande. Hay algunas indicaciones marginales de poca monta en que Ferry explica por ejemplo lo que es un sarape (27); o el hecho de que los mexicanos dan el nombre de "gachupín" a los europeos (28). Apenas roza una que otra costumbre mexicana.

Habíamos guardado para el final de nuestra encuesta las "Scènes de la vie mexicaine" en la suposición de que fuese en este libro compuesto de un grupo de artículos publicados en la "Revue des deux mondes" que hallaríamos concentradas las costumbres de México tal vez a la manera de Mesonero Romanos o de García Cubas envueltas en ligeras anécdotas o dibujadas como esbozos novelescos sin pretensión. Pero no fué así. Los cuentos que componen las "Escenas de la vida mexicana" nos recuerdan antes las aventuras de Gil Blas. El frecuente cambio de lugar, el trajín de los mesones, los pícaros que abundan por dondequiera nos lleva Ferry, y tantas historias de vidas ajenas, acercan estas novelas cortas del género picaresco alejándolas del costumbrismo. Parece que la intención de describir las costumbres se debilita en Ferry al correr la pluma. Hay más costumbrismo en "Perico el Zaragate", el primero de los artículos que en los siguientes. El novelista en Ferry arrastra al observador y la imaginación ahoga más y más la realidad. Es el momento en que la vena romancesca se sobrepone en el francés. Son las últimas escenas que escribe, y forman el trampolín del cual Ferry salta a la libre ficción. La próxima obra será "Le coureur des bois".

En "Fray Serapio" Ferry da rienda suelta a sus sentimientos anticlericales que ya descubrimos en las escenas de la vida salvaje. Flota una sutil agresividad en sus palabras y no omite el autor ocasión para verter su ironía sobre los monjes, los cuales, al decir del autor, se hallan en todas partes, excepción hecha de los conventos. (29) Tales críticas e insinuaciones burlonas explican tal vez el hecho, de que la novela de "Fray Serapio" falta en la traducción española que L. García de Leal, Barcelona, publicó de las "Scènes de la vie mexicaine".

Ferry nos lleva al canal de la Viga con su movimiento de la Sema-

na Santa. De ahí arranca el paseo a caballo en que participan además del autor, Fray Serapio, disfrazado de paisano, un estudiante, un militar y un político. Termina el paseo en el convento del Desierto de los Leones, no sin haber sufrido los cinco compañeros las vejaciones del alcalde indio de un pueblo en el camino y las molestias de una tempestad en el bosque, durante cuyos horrores el monje franciscano relata la historia sombría de su superior Fray Epigmenio. El pasado y el presente se enlazan en las frías ruinas del convento con la inesperada presencia de Fray Epigmenio como penitente misterioso. Ferry compara a los dos monjes e insinúa generalizaciones acerca de las costumbres monacales de México. (30).

El licenciado Tadeo Cristóbal, héroe titular de otra escena, es español y juega el papel del abogado del hampa. Ferry le encarga una cobranza peligrosa que Don Tadeo lleva a buen término merced a sus relaciones subterráneas. Pululan en el cuento los ladrones y los asesinos. La trama es complicada. Un asesino había matado al amante de la novia de Don Tadeo y éste, para el colmo de su desgracia, fué detenido como presunto culpable. Enredado en la máquina judicial pierde su fortuna y, al ser finalmente libertado, jura hallar al asesino, a quien la justicia no había podido descubrir. Este aún lo lleva al mundo del hampa. Abre su corazón a Ferry en una noche de luna en una azotea cerca de la plaza mayor, hasta donde llega el lúgubre toque de agonía del convento de las Bernardinas en el cual muere en este momento la infiel novia.

Las dos "escenas" que siguen: "Remigio Vázquez" y "Les mineurs de Rayas" forman un conjunto novelesco que agrupa en torno de un matón, que se muestra raras veces, una serie de episodios heterogéneos que empiezan con la visita de un desconocido en la casa de Ferry sin hallar a éste. Se trataría de un asunto de vida o muerte. Las señas del visitante misterioso coinciden con las de un viajero que acaba de partir para Cuautitlán. Ferry trata de darle alcance. Al llegar a Cuautitlán el hombre acaba de partir. Ferry se obstina en perseguirlo. El viaje improvisado lo lleva hasta Guanajuato, siempre a caballo. Abundan las aventuras a manera del héroe de Lesage. En una de ellas, Ferry ayuda a un noble y pobre español, que viaja con el nombre de Remigio Vázquez, a raptarse a la novia. Escuchamos la historia del joven, que dejó a su madre en un castillo de Vizcaya para hacer fortuna en México. Es la trama en cierne del "Coureur des Bois". El padre de la novia hace matar al joven esposo. El matón es Tomás Verduzco, apodado el verdugo, que vive en una casa al pie del Cerro del Gigante. Es el hombre que había buscado a Ferry en México confundiendo con la víctima.

Ahora el francés huye de él, viajando de noche. Pero antes de salir de Guanajuato visita la mina de plata de Rayas. En una nota marginal Ferry explica el nombre (31). Describe la mina mezclando la ficción con datos técnicos. El pretexto para contar una historia de vida ajena lo da una mano clavada en la pared de una casa. En la



mina, durante la aparentemente peligrosa ascensión, amarrado con correas al grueso cable que sirve de ascensor en el profundo tiro, el guía que está amarrado arriba de Ferry, narra al francés una sangrienta historia que está en el punto de convertirse en terrible realidad, cuando el narrador y supuesto protagonista de la historia, al parecer enloquecido, amenaza con cortar el cable. Pero el cuchillo cae al abismo, y el guasón que sólo trató de amedrentar a Ferry paga la broma con los dos pesos que le costó la navaja.

El interés de Ferry por todo que tiene que ver con la minería se exterioriza ya en "José Juan, le pêcheur de perles" donde explica por ejemplo la ley que reglamenta la explotación de los bancos de perlas en la misma forma que la de una mina. El que descubre una mina de oro o plata la denuncia al gobierno del estado, que otorga la concesión, si el solicitante no es extranjero, soldado, o sacerdote. Si no se procede a la explotación dentro de un año más un día, la concesión caduca y la mina pertenece de nuevo a todos.

Después de haber conocido a los gambusinos de Sonora, Ferry quiso saber más de los mineros, clase de hombres que en todo el mundo tienen sus propias costumbres y usanzas (32). Con abundante acopio de datos pinta la vida del minero y la importancia que este grupo social ha adquirido en el Bajío. Luego nos pinta el tipo de minero. Desde Laborde hasta el más humilde peón, el minero sólo se dobla al acaso. Por lo demás cumple con su ardua labor como una clase de tarea providencial. Las leyes se hicieron cargo de tal alto concepto concediendo a los mineros fueros especiales que consistían, al decir del autor, en títulos de nobleza para los obreros de las minas, los cuales todavía en la época de Ferry no podían ser embargados en sus bienes mientras que tenían trabajo. (33) Como cualidades negativas Ferry les afea la indisciplina y las maneras caprichosas. Compara a los buscadores de oro de Sonora favorablemente con el minero de las ciudades y llega, finalmente, a la conclusión de que el minero no ha degenerado completamente (34).

Los tres últimos episodios del libro refieren en forma romancesca el viaje de México a Veracruz que Ferry emprende para embarcarse en el puerto jarocho, ya en camino de regreso a Francia. Son "Le capitaine don Blas et la conducta de platas", "Les Jarochos" y "Le pilote Ventura".

La trabazón que une los tres cuentos con los anteriores la forman el temible Tomás Verduzco y don Blas, aquel militar que tomó parte en el paseo al convento del Desierto de los Leones. Ambos a dos pagan sus maldades con la muerte. Un pronunciamiento al estilo de la época y el asalto a un transporte de plata en connivencia con el jefe de la escolta dan lugar a observaciones costumbristas que en "Les Jarochos" toman un sello folklórico no muy frecuente en Ferry. No falta una historia de venganza que halla su desenlace en un duelo en las dunas de Boca del Río. Sucumbe ahí un sujeto criminal que provocaba naufragios por medio de falsas señales. Paga sus crímenes con una muerte

espantosa en la arena movediza.

Lo poco que hay de costumbrismo en este último cuento intitulado, "Le Pilote Ventura", está encerrado en la invitación del héroe titular al jarocho Carlos (que no Carlos) a abandonar los bosques y vivir con él de los despojos que el mar arroja gracias a los vientos de norte que soplan durante tres meses al año, (35) "modus vivendi" que Ferry tilda irónicamente de industria (36).

Como se ha podido apreciar, la acción de estos cuentos no puede ser más novelesca y complicada. Veamos ahora más de cerca la aportación de costumbrismo.

En el artículo "Le salteador" hicimos hincapié en la frecuencia con que Ferry explota el arte de leer huellas. Tanto es así, que ha llegado a ser una obsesión del francés, en cuya mente el tema del explorador y buscador de huellas está siempre presente y aflora por dondequiera, hasta en medio de sus artículos históricos (37). Esta idiosincrasia lleva a exageraciones fantásticas, no por esto menos celebradas por los lectores juveniles de los cuentos de indios salvajes (38) y que se ejercen con entusiasmo en ese arte fascinador. El asesinato de un viajero en "El salteador" no guarda ningún misterio para uno de los exploradores que por medio de las huellas sabe reconstruir la escena del atraco como si la hubiera presenciado. (39)

Un caso de perspicacia extraordinaria que se debe tal vez a la lectura de Voltaire, lo hallamos en "Les sept norias de Baján". Oeil-Double, astuto explorador, a quien cierto día habían robado un cuarto de venado colgado en un poste, interpretó tan bien la pista del ladrón, que supo dar la filiación de éste, su perro y su carabina, acostada en un abedul, (árbol que, dicho sea de pasada, no existe cerca de Saltillo). Oeil-Double a semejanza de Zadig preguntó a dos caballeros en el camino si acaso vieron a un hombre blanco, chaparro y viejo con carabina corta y un perro sin cola. La descripción era exacta. (40)

Para Ferry la habilidad de leer huellas es una cualidad particular del jarocho y general del americano (41). Es un don privilegiativo a que no puede aspirar un europeo: "Nunca un europeo habría emprendido la tarea de reconocer las huellas particulares de un caballo confundidas con tantas otras. Para los vaqueros mexicanos, los gauchos argentinos y los campesinos de cualquiera parte de América aquello era nada más que asunto de paciencia". (42)

Uno de los denominadores generales de la obra de Ferry y al mismo tiempo clave principal de su personalidad es la figura del explorador y aventurero canadiense Dupont, a quien encontró en el norte de Sonora. Encarna su inquietud de buscador de aventuras, de viajero apasionado con el anhelo siempre en pie de lo nuevo y lo extraño, lo lejano y lo extraordinario, lo imprevisto y lo misterioso, anhelo que lo persigue durante su corta vida como un miraje inasequible.

Es en el "Coureur des Bois" donde Ferry se goza más en la des-



cripción de su tipo predilecto, personificado por el canadiense Bois-Rosé, que representa el retrato amplificado e idealizado del cazador Dupont y a quien presta sus propios sentimientos de sed de libertad así como todas las cualidades nobles y heroicas a las cuales aspiraba su "alter ego". La vida primitiva de los "prairies", puesta en contraste con la vida sedentaria; la magnificencia del desierto frente al fausto de las ciudades, y el deseo de volver a la naturaleza, son pensamientos muchas veces reiterados por Bois-Rosé (43). El parentesco anímico entre éste y Ferry salta a la vista cuando, en medio de la novela, el autor habla de repente por su propia cuenta ensalzando las emociones poderosas de la vida salvaje. (44) Las mismas contemplaciones hallamos también fuera del "Coureur des bois". Así Ferry se hace llamar buscador de aventuras por fray Serapio (45). Se compara con Don Quijote en busca de alguna aventura peligrosa. Es fatalista. "Ninguno puede escapar a su destino" dice uno de sus personajes y la muerte heroica del mismo autor no desdice de esta postura fatalista. La civilización no puede ofrecerle sino unos cuantos vicios más en cambio de muchos encantos menos. Ferry se figura la impresión que debe de hacer en sus compatriotas de México cuando éstos pasan en diligencia al lado de él, que está feliz en su caballo "Storm", y cuando lo señalan tal vez con el dedo como un resto de las antiguas costumbres de México (46). Su filosofía de la vida está vaciada en el principio de que el esfuerzo físico más que el pensamiento trae la felicidad y que las fatigas del cuerpo calman las inquietudes del alma (47).

Bois-Rosé ha sido hombre del mar antes de ser hombre del desierto. Una y otra vez Ferry compara estas dos soledades. "Le cloître, c'était le désert" son palabras que pone en boca de uno de sus personajes, comparando la soledad del desierto con la del claustro. Ferry propende a aislarse. Tiene mucho de anacoreta. El jardín del convento de San Francisco le invitaba a la meditación y el francés confiesa, que la disposición de espíritu en que se hallaba durante su estancia en México era de las "que nos hacen buscar los lugares solitarios" (48). Ello no obstante parece haber sufrido de cierto aislamiento como extranjero, aislamiento que al decir de Ferry se produce con frecuencia en los países poblados por hombres de raza española. (49) Esta circunstancia parece haber producido en él la nostalgia de la lejana patria (50). En Ferry hay dos corrientes de sentimientos nostálgicos: su amor a la patria y sus recuerdos de Sonora. El océano Pacífico le es símbolo de su sueño de aventuras. El mar Atlántico baña Francia. Pero no es menos cierto que el francés se encariñó de México y su ciudad capital. Sirvió ésta tantas veces de paréntesis entre dos aventuras y la tristeza invade el corazón de Gabriel Ferry al llegar el último día de su estancia en la que llama la "Venecia del nuevo mundo" y a la cual da el nombre cariñoso de segunda patria. (51).

Más de uno de los héroes de Ferry está calcado sobre la figura de Bois-Rosé. Este tipo básico sufre alteraciones accidentales cuando recae ora en un mexicano, como en el caso del compañero de Bois-Rosé, Bermúdez Matasiete; ora en un mestizo como Oeil-Double, o en un

indio como Costal. A estas variedades del tipo común de explorador, Ferry presta ciertas cualidades que las disfracen como v. gr.: la devoción religiosa, exagerada, al sentir de Ferry, en Bermúdez; o las supersticiones paganas en Costal a quien Ferry reviste además con falsos rasgos de crueldad, cuando lo muestra como acuchilla a un pobre costeño que se agarra de él para no ahogarse.

Fuera de la obra de Ferry hallamos una variedad del tipo Dupont en el aventurero Olivier, héroe del libro "Les nuits mexicaines" de Gustave Aimard. Aunque el novelista francés que tomó parte en la malograda expedición del conde de Raousset-Boulbon no menciona a Ferry, creemos reconocer la influencia de éste en el mencionado libro cuya trama recuerda la del "Coureur des bois" y que encierra conceptos familiares en Ferry (51a.).

Ya es tiempo de decir algo acerca de las diferentes razas que nos presenta el francés en su obra. Desde luego no se halla libre de fuertes prejuicios raciales. Opina Ferry que para la lucha contra los indios salvajes no existe sino la raza anglo-americana y los canadienses, en cuanto que los descendientes de los españoles son demasiado débiles. (52) En otro lugar opone el vigor europeo a la molicie de la América española (53).

Parece que Ferry no se da cuenta cabal de la composición racial de los habitantes de México. El mexicano a secas tiene cualidades relevantes, como aquel Pedro Díaz, personaje de valer, hombre íntegro e inteligente. Los mexicanos son jinetes insuperables y poseen una sagacidad maravillosa (54).

El criollo es para Ferry un tipo endeble e incompleto. De alta estatura pero extremidades débiles aparenta un vigor que no posee. (55) Las cualidades morales corren parejas con las físicas. La ignorancia y la superstición son cualidades generales (56).

Hablando del mestizo, Ferry piensa sobre todo en el descendiente del indio piel roja y el americano blanco. En todo caso no parece que se haya dado cuenta de la importancia del mestizaje indo-hispano. Casi siempre toma en mala parte la voz del "métis". El mestizo, al decir de Ferry, es siempre portador de las malas cualidades de sus padres. En "Fray Serapio", hallamos a Ferry en compañía de un estudiante, un militar, un político y un religioso, mestizos indo-hispanos según toda probabilidad ya que Ferry no especifica la raza, lo que suele hacer siempre cuando trata de españoles o criollos. En un pueblo de indios mansos cerca del Desierto de los Leones, indios, a quienes presta el autor sólo cualidades despreciables, los cinco viajeros entran en un mesón. "Apenas llegamos", se expresa Ferry, "cuando un gran pícaro, uno de esos mestizos tan numerosos en México abrió la puerta". (57) Ferry no se habría expresado en esta forma si hubiera tenido una representación precisa de la composición racial de los habitantes del país.

Varias indicaciones esbozan la imagen que Ferry se formó de la mujer mexicana. Prevalece cierto dejo peyorativo en sus apuntes y son pocas las alabanzas que brinda a la mujer mexicana. En el "Volorio" pinta de una manera cariñosa a la pobre madre (58); en "Le licencié don Tadeo Cristóbal" la "China", afligida por no poder llegar a su marido condenado a muerte, ofrece también un cuadro que nos llena de simpatía (59) y en el mismo lugar Ferry habla de la "sensibilidad délicate" propia de las mexicanas. Pero las más veces su pincel es menos halagador. La impetuosidad criolla (60), el irresistible impulso de la naturaleza americana (61), la mirada atrevida propia de las mexicanas (62) o las mujeres de mirada ardiente que apenas vestidas cantan canciones lascivas en las lanchas del canal de la Viga (63) son unas cuantas pruebas. Según Ferry, la ambición de todas las mexicanas es la de conquistar un marido español (64). En lo general, las pocas mujeres que aparecen en la obra del francés son objetos de decoración antes que compañeras del hombre, sirven de "contraste delicioso en la pintura violenta de las costumbres del desierto". (65) Ferry no es "homme á femmes". Prefiere la compañía de los hombres. No conoce la mujer y tiende a idealizarla. La tienda de campaña de seda azul comprada para Rosarita en Arizpe por un senador no sorprende menos que los encajes de la almohada, objetos de lujo, que están un tanto fuera de lugar en despoblado (66).

Para Ferry existe una clase de amor "sui generis", el "amor tropical" que le parece atrevido y lo lleva a consideraciones un tanto cuantitativas y ridículas. Gertrudis había dicho a Rafael que tenía hermosos ojos. "Estos cándidos y tiernos homenajes", comenta el autor, parecerán sin duda muy atrevidos a las mujeres que desean hacer creer que no se prenden sino de los encantos del espíritu o de las cualidades del corazón. No discutiremos este punto. Narradores fieles, debemos pintar en toda su exaltación el amor de una joven criolla con sus ardores ingenuos y sus llamas inflamadas por el sol de los trópicos" (67).

Si describe vestidos de mujer, Ferry dibuja más el cuerpo de la mujer que el vestido resultando éste un sí es no es confuso a la vez que el conjunto deja una impresión agradable como v. gr. la figura de Rosarita (68) o la de la "china" (69), de la cual, en una nota marginal, Ferry dice, que es para México lo que la "manola" para Madrid o la "grisette" para París.

El pie de las mexicanas, objeto de entusiasmo de los costumbristas vernáculos y extranjeros, no escapó a la atención del francés (70). Lo que sorprende es que Ferry quiere haber observado que el pie de las mexicanas, frecuentemente, no esté dignamente calzado (71).

Es singular la costumbre de las jarochoas, usada a veces también en la capital, al decir de Ferry, de adornar el cabello con cucuyos, insectos que a la manera de las luciérnagas alumbran en la noche (72).

En cuanto a la manera de vestir, Ferry evita las más veces la descripción fastidiosa, la cual como quiera sirve de poco sin el acompañamiento de estampas. Antes prefiere dejar a la imaginación del lector

el interpretar expresiones como "le costume national du Mexique" o "le costume adopté par quelques riches rancheras en voyage" (73).

Indicaciones generales tan pronto dan por cierto que la moda en México sigue a la de París con pocos meses de retraso (74), tan pronto hablan de "ces femmes vêtues comme les contemporaines de Cortes et de Pizarre" (75).

La seda, el terciopelo y los colores chillantes vuelven a veces teatrales los trajes de hombre. (76)

Sin linaje de dudas, las narraciones de Ferry dejaron a los lectores de la "Revue des deux mondes" con el alma en un hilo, lo que no implica que hayan sabido evocar en la mente de los franceses una representación justa de la realidad mexicana. El sabor auténtico y la recia primitividad de algunos tipos y costumbres mexicanas sufre en Ferry un pulimento mental que no pertenece a este lado del Atlántico. Perico el Zaragate no es el prototipo del lépero mexicano que para colmar su complejo de inferioridad necesita repetirse constantemente que es muy hombre. Es más apache parisiense que pelado del Distrito Federal. Es un criminal y asesino. Como los personajes clave de Balzac en lo que atañe a Francia, muchos personajes de Ferry llevan acumulados en sus hombros todos los crímenes, abusos y lacras que aquejaban el México de aquella época. Perico el ladrón y matón, Tadeo Cristóbal el abogado del hampa, el capitán don Blas el militar traidor e interesado, Fray Serapio el monje licencioso y supersticioso no parecen ser hombres excepcionales sino exponentes de la clase a que pertenecen. En Ferry son pocos los personajes o instituciones del país que no nos llenan con desconfianza. Este efecto es reforzado por el frecuente uso de adjetivos como siniestro, lúgubre, patibulario y la muchas veces usada voz "le drôle". El tono de jovial ironía tiñe frecuentemente una postura de recelo o de cortés arrogancia.

En sus descripciones de costumbres lo fantástico y extraordinario complica algunas veces acontecimientos de suyo comprensibles que adquieren bajo la pluma del francés un aspecto exótico y de salvajismo innecesario. Así pinta una "jamaica" y un "Monte Parnaso"; aquella una feria de puestos de fritangas y otros de bebidas al estilo de los de las Chieras; éste, a fuer de palo encebado, un árbol de cuatro o cinco metros de alto con todo y sus ramas y hojas, adornado con pañuelos como premio para los que se atreven descolgarlos. Todo esto ocurre en el ruedo de la plaza de toros de Necatitlán. En cuanto que la gente come pacíficamente en los puestos, las graderías están atestadas de gente que grita "toro, toro". De repente un grupo de léperos baja por medio de sus sarapes del lado más alto de Sol y corre hacia el árbol, tratando de llegar hasta los pañuelos. Los puestos son derribados por el impacto (77). Al mismo tiempo suena la conocida señal y un magnífico toro embolado sale del toril. El cuadro no puede ser más abigarrado. Ello no obstante nos parecé que Ferry junta varias escenas diferentes.

Además tenemos aquí un ejemplo como Ferry tiende a convertir en

costumbre un acto insólito como el de usar el sarape para descolgarse, método que en el artículo de "Xavier Mina" (*Les Révolutions du Mexique*) usaron unos quince soldados de Mina en la embestida contra Real del Pino, Zacatecas (78), pero que parece fuera de lugar para bajar las gradas de una plaza de toros.

Otros casos aislados que Ferry convierte en costumbres en el deseo de subrayar lo exótico, se hallan a menudo. Así v.g. quiere inducir a sus compatriotas a creer que en México los jinetes entran en una habitación sin apearse; más de una vez nos cita este caso.

Habiendo observado que en la hacienda de la Noria no se bebía durante la comida y que los comensales bebían en dos grandes vasos comunes después de comer (79), Ferry enuncia: "Au Mexique, on ne boit qu'après le repas". (80) Hallamos repetido este juicio en "*Les Révolutions du Mexique*" y en "*Le Coureur des bois*", donde el autor aprovecha aquello de los vasos comunes para un gesto decorativo, diciendo: "luego trajeron vasos enormes de agua como aquellos de los antiguos y los cuales pasaron sucesivamente de las manos a la boca de cada comensal". (81)

A veces tenemos la impresión que la frivolidad del francés inventa costumbres para hacer reír a sus lectores como en el caso de Fray Serapio que adquiere un traje de paisano vendiendo su hábito de monje ya muy usado a doble precio, gracias a la costumbre de la gente devota de hacerse enterrar vestido de un traje de religioso. (82)

En otros casos el exotismo hace de las suyas. En el capítulo "Un village indien", aquei pueblo ya mencionado cerca del Desierto de los Leones, asistimos a costumbres que tienen más semejanza con las de los indios salvajes que no los mansos. El alcalde, con una cabellera que le cae hasta la mitad de la espalda, acompañado de alguaciles de piel roja, interroga a Ferry y a sus cuatro amigos mexicanos. El escribiente apunta las respuestas rompiendo pequeñas ramas de xocopan y alineando granos de maíz en el suelo. (83)

La corta visita a este pueblo de indios mansos sirve de ocasión para describir las ceremonias religiosas durante la Semana Mayor, narración hecha a la verdad con poca indulgencia. La jerarquía de las imágenes que los indios llevan por las calles empieza con un Cristo gigantesco y acaba con huacales de pollos. Nos preguntamos si aquí no hay una confusión con los huacalitos del Corpus (84).

A veces, la fértil imaginación y el afán de buscar lo extraordinario en todo, juega una mala partida a nuestro autor. Así por ejemplo, en "El velorio", el padre del niño difunto ofrece éste a Ferry como apuesta en el juego, ya que vale tanto como cualquiera otra, como afirma el padre ejemplar, que asegura poder alquilar todavía a buen precio el cadáver de su hijo para otros velorios. (85) Otro pormenor en la misma escena es poco probable. El niño muerto tiene los ojos abiertos. (86). Todo el episodio está descrito con un naturalismo que pone es-

panto ante lo que Ferry señala como odiosa profanación de la muerte, costumbre bárbara y superstición grosera que bajo su fuerte pincel degenera en bacanal. (87)

La frecuencia de las comparaciones con Europa y las cosas europeas es indicio de que Ferry toma lo no-mexicano como punto de partida en sus consideraciones sobre las costumbres de México, postura típica en los costumbristas extranjeros. Es un ejemplo insignificante a este respecto cuando v.gr. habla de las tortillas destinadas a substituir el pan, cuando en realidad el pan llegó a usurpar el lugar de la tortilla. Y no es sólo cuando habla del Parián y automáticamente piensa en el mercado del Temple en París, o cuando compara los fastuosos cargadores negros de Veracruz con sus modestos colegas de ellos de la Auvergne que nos damos cuenta de que Ferry piensa constantemente en el otro lado del Atlántico. (88) A veces la mentalidad francesa se asoma. A la verdad, son demasiado espirituales las respuestas que se espentan en "Le coureur des bois" dos bandidos de la laya de Cuchillo y Barajas, y si pensamos en los diálogos monosilábicos de los bandidos de la Linterna Mágica, las lindezas irónicas y diplomáticas que Ferry presta a los dos tunos se nos antojan galicismos mentales. Esta proyección francesa en cosas de México nos mueve a risa cuando leemos como un asesino dice en tono serio a su difunta víctima, de la cual cree que sólo aparenta estar muerta: "tu sabes bien, Panchito, que yo no tengo los medios de pagar una pensión a tu mujer". (89) Un lépero pagando una pensión a la viuda de su víctima sería en efecto una excepción.

Ya mencionamos un caso de gesto decorativo. Este y lo pintoresco de la palabra seducen a Ferry a sacrificar a veces la lógica a la forma. Ferry acaricia las palabras como su compatriota José María de Heredia. A Ferry atraen ciertas palabras pintorescas que comunican al lector una sensación exótica pero raras veces mexicana. Para poder decir "filigrane", describe los botones de las calzoneras como de filigrana de plata. Los rifles más largos no son jamás "des fusils" sino siempre "carabinas". No hay guitarras. Le gusta más la palabra "mandolina". Voces una y muchas veces repetidas son "créole", "métis", "cuir de Cordoue", "batiste", "rapière de Tolède", "bournous", "liane", "paille de Guayaquil", "perles de Venise", "Crépe de Chine", "dolman" y otras.

Usa ciertas combinaciones de palabras sin distinción de región o de clima. En "Costal l'Indien" como en "Le coureur des bois" los pobres viven en "huttes de bambous" y usan cabezas de buey como asientos. En ninguna parte leemos algo de adobe. Los lazos son siempre de cuero trenzado. Por dondequiera hay lianas.

Extraña impresión debían de producir en el lector no-español los nombres antonomásticos con los cuales la malicia ingeniosa de Ferry pobló a veces sus narraciones. Así llama v.gr. Ramón Cohecho y Gregorio Cagatinta al juez y su escribano en el pueblecito de Vizcaya, y

señor Tragaduros y Despilfarro al senador sonorense, crítica de costumbres punto menos que franca.

El gesto decorativo no es sólo verbal; lo mueve a veces de enunciar una máxima acomodaticia. Así leemos una vez, que en el desierto los minutos son preciosos (90), y en otro lugar que él que ha caminado cien leguas puede esperar cien horas. El gesto decorativo nos explica también porque el cuchillo es portado con tanta frecuencia en la boca o la inconsecuencia de que un tirador ora se expone arrodillado a las balas enemigas (91), ora carga su carabina acostándose en la espalda "siguiendo la costumbre americana". (92)

En lo que respecta al paisaje, no podemos creer en los bosques profundos en el norte de Sonora y nos inclinamos a creer que Ferry los ha introducido para justificar el título de "Le coureur des Bois". Prueba es que habla casi simultáneamente de la profundidad sonora del bosque (93), y del follaje ralo de los mezquites y la falta de agua (94). El gomero, "gommier" es uno de sus árboles favoritos. Siendo muy conocido en Francia como planta de maceta, la representación de la planta en el estado salvaje en la selva virgen o en el desierto, transmite aquel sentimiento de exotismo que Ferry trata de producir en sus lectores. El tipo de gomero conocido en Europa no se da en el desierto donde Ferry ora habla de mezquites y gomeros, ora de mezquites seguido de la voz "gommier" en paréntesis.

Hay casos en que Ferry embellece el panorama retocando el cuadro a su gusto. Bajo su pincel las aztecas de la ciudad de México se convierten en terrazas adornadas de flores (95) y los volcanes cambian de lugar para dar un fondo hermoso a la catedral vista desde el paseo de la Viga. (96) Ello no obstante, tanto ha leído Ferry en el libro de la naturaleza que las descripciones de ella disfrutan toda su obra. Son cortos esbozos impresionistas que nos comunican los sentimientos diurnos o de noche en paisajes poblados de flora y fauna, ruidos, colores y fragancias, tristezas y alegrías. Es muy afecto a la pintura de intersticios que dejan pasar filtraciones de luz y muestran objetos o cuerpos al través de la niebla o del humo de una fogata.

Las figuras típicas del México de entonces no escaparon, claro está, a la atención de un observador como Gabriel Ferry. Sin embargo de ello las conocemos más que por descripción directa, al través de su actuación. Una y otra vez el autor siente la necesidad de explicar a sus lectores tal o cual tipo en una nota marginal. Al lépero, salvo la índole demasiado criminal que le atribuye, Ferry dedica una serie de justas observaciones. Ya hablamos de él con antelación. Para ayudar a los franceses de representarse al lépero, el autor lo compara con el lazzarone, con el bohemio y con los héroes de las novelas picarescas. El lépero no piensa en el mañana "se desayuna con un rayo de sol y cena con un cigarro". (97)

Hay otros tipos que le merecen poco más que una men-

ción ligera: el aguador, tipo de los tipos pintorescos de la época (98); el arriero (99), cuyo vestido es de algodón de jerga y no de lana; el pulquero "le cabaretier"; su establecimiento infunde repugnancia al francés que estudió con atención los frescos rudos en las paredes sin que se le escapara el conocido mote de "hoy se paga, mañana se fia"; (100) el sereno que sabe donde hay un velorio y que también iría si algún buen muchacho tomara su abrigo y le guardase la linterna; (101) el sargento que anda por la plaza mayor abriéndose camino con una "cepa de vid" que lleva en la mano como signo de su grado, costumbre que nos parece extraña, tanto más cuanto más que hay pocas vides en el Distrito Federal, a no ser que es un eufemismo para designar un bastoncito de caña; (102) el ranchero, cuyas cualidades de jinete interesan más al francés que el traje; tipo que le queda muy cerca por la afición común al caballo y a quien admira mucho; (103) el evangelista, a quien coloca en un puesto del Portal de Mercaderes, siendo él de Santo Domingo la madriguera clásica de este ejemplar tan interesante de mexicano ávido de libertad; (104) el escribiente, humilde y pobretón, tan diferente del influyente y bien vestido tipo que nos presenta José María Rivera en los "Mexicanos pintados por sí mismos. (105)

En unas cuantas líneas, Ferry resume sus observaciones sobre el negocio en pequeño y los vendedores callejeros, apuntes recogidos en el Portal de Mercaderes, el cual le recuerda "les piliers des Halles à Paris" y cuyo hormigueo de gente se le antoja un cuadro del carnaval de Venecia. (106)

El nombre de pato salvaje es una de las palabras que Ferry gusta emplear. En la descripción del Portal de Mercaderes, el autor cede a este prurito mostrando una vendedora que ofrece "canards sauvages en rascût ou tamales" con el grito "aquí hay pato gronde, mi alma; señorito venga usted". Como se nota, el autor confunde la india que vende sus patos caminando por las calles con la tamalera.

La comida del país no parece haber sido de su agrado. Términos generales como "infernale cuisine" o "ragoûts sans nom a base de piment et de graisse de porc" o "mets, dont la cuisine mexicaine peut affliger un convive européen", indican a las claras que los antojitos mexicanos no alcanzaron a hollar el paladar del francés para quien la gastronomía mexicana se hallaba todavía en el estado de infancia (107) y cuya prodigalidad era, al decir de Ferry, para el paladar europeo sólo una "parodia extravagante de todos los principios gastronómicos". (108) En cambio nunca se cansa del eterno medio borrego frito sobre la hoquera o de la cecina que se vende por metro, únicos alimentos dignos del aventurero en el desierto. (109)

En cuanto a bebidas nacionales, fuera de las alcohólicas dignamente representadas por el chiringuito, el mezcal de Tequila y el pulque, Ferry habla sólo de "infusions de tamarin" y "eau de roses" cuya última bebida parece deber su existencia a la eufonía. Además confunde las aguas de colores de las Chieras con bebidas. (110)



Dijimos con anterioridad que Ferry menciona con preferencia la mandolina. En el capítulo "Le canal de la Vega" habla de bailes nacionales al son de las harpas, flautas y mandolinas y casi llegamos a la convicción de que piensa en guitarra cuando habla de mandolina máxime cuanto que en una ocasión el mismo instrumento recibe los dos nombres. (111)

El cuchillo juega un papel importante. El banquero de la mesa de juego lo tiene siempre a la mano. (112) "El cuchillo no suena ni truena" cita Ferry en boca de un matón (113) y no omite dar las voces sinónimas del cuchillo en una nota marginal (114) ¡Y tantas veces se hace uso del arma blanca en la obra del francés!

Con frecuencia introduce pormenores cruentos. Quedaba reservado a Ferry de describir el depósito de cadáveres desconocidos entre la Alameda y el Paseo de Bucareli donde podían ser contemplados al través de una reja (115). Sus descripciones de heridas son de un naturalismo homérico. (116) Esta propensión de pintar atrocidades no lo abandona ni en sus escritos de menos ficción como lo son sus retratos históricos: la muerte del oficial independiente Arroyo en la retirada de los Remedios; (117) el asesinato del corregidor Quesada (118) o la muerte de un senador de Jalapa a causa de un puro envenenado. (119)

La criminalidad ciertamente exuberante en la época recibe la atención con que Ferry suele buscar ya lo salvaje y lo cruento, ya lo extraordinario en las costumbres de México. Tuvimos ocasión de hablar de los muchos casos de venganza, de justicia por mano propia o por matones pagados que asesinan a veces por error. (120) Algo exagerado nos parece que los ladrones trabajarían en la plaza mayor con el lazo. (121) En cambio tiene genuino sello costumbrista, y al cual Ferry presta colores tragi-cómicos, la comitiva compuesta de un asesino, acompañado de sus guardias y precedido de un cargador que lleva amarrado en una silla el cadáver de la víctima. (122)

La justicia recibe los alfilerazos de la ironía del francés que insinúa la connivencia entre magistrados y malhechores o se mofa de la pretendida pusilanidad de los celadores. (123) En el artículo "Lucas Alamán" de "Les Révolutions du Mexique", Ferry da la descripción de una treta de la cual solían valerse frecuentemente los contrabandistas (124) y hace también una observación acerca de la técnica de los ladrones del camino real que acostumbraban vivir una vida doble, protegidos por las autoridades municipales y bendecidos por el cura a quien pagarían el diezmo. (125) A los hoteleros, colaboradores de los bandidos presta cualidades que hacen entrever que no los consideraba como antifricones perfectos. (126)

Ciertos gestos, como v.gr. el abrazo mexicano, tan bien captado en su oración afectiva por Cuéllar, pierden el sabor costumbrista a causa de lo escueto de la mención: (127) otras observaciones son demasiado obvias para el costumbrista vernáculo para ser hechas; y otras resultan sólo del contraste con cosas no-mexicanas. No pertenece aquí

la mexicanísima chinampa nunca olvidada por ningún costumbrista. Ferry la describe en una nota marginal. (128) El poder imaginativo del francés se aprovechó de este fenómeno en "Le coureur des bois", donde inventa una chinampa en un río. Cercados por los apaches, Bois Rosé y sus dos compañeros convierten la chinampa en balsa, cortando sus amarras de raíces y navegando en seguida río abajo, escapando milagrosamente de la muerte. Es un gran episodio.

Algunas de las observaciones costumbristas misceláneas de que hablamos, mencionan v.gr. que está prohibido en la capital de ir a caballo después del Angelus; (129) que una de las hojas de zaguán es generalmente retenida por una cadena de hierro; que en la plaza de toros cabían doce mil espectadores; que los peatoneros abren con más calma el paso a un jinete que no lo hacen en Europa; que a mediados de los treinta sobre poco más o menos, además del servicio de las diligencias, un servicio de carros de equipaje empezó a hacer la competencia a los arrieros (130); que el mexicano no viaja sin llevar un juego de naipes (131) y que para los mexicanos de todas las clases sociales dos jugadores forman siempre un espectáculo agradable. (132)

El artículo "La guerre des Etats-Unis et du Mexique, Scènes et épisodes de l'invasion", que apareció en la "Revue des deux mondes" en 1847, cuando los americanos se hallaron a unas cuantas millas de la capital mexicana, alumbró desde París los hechos americanos. Hay que recordar que el autor regresó a Francia en 1837.

Las simpatías de Ferry son para México. Lo que más le preocupa es la repercusión del conflicto en la economía europea y la posible retención por los Estados Unidos de los Estados de Sonora, Chihuahua y Zacatecas con sus riquezas minerales. Enaltece al soldado mexicano y censura a los jefes cuya conducta le parece enigmática en más de una ocasión. Mal apercebido para la campaña el soldado aguanta los trabajos de la guerra. (133) Su fuerte es el arma blanca. El desafecto al rifle, que le reprocha Ferry, extraña. Vuelve la cabeza cuando hace fuego y vende el arma si se presta la oportunidad. (134)

Más de una vez el autor nos permite echar una mirada en su cocina literaria. Así habla v.gr. de la necesidad de emplear contrastes, (147) y de lo imprevisto como medio de avivar la narración. (148) Su intención al salir a Sonora es de estudiar un nuevo aspecto de la vida mexicana que, con el mar y el desierto como fondo, le parece ficción antes que realidad. (149) El impulso de plasmar artísticamente los episodios de la guerra de independencia, ya aquellos, incluidos en la novela "Costal l'Indien", ya los eventos diseminados al través de las "Scènes de la vie militaire au Mexique", brotó en Ferry cuando visitó el campo de batalla del Puente de Calderón, donde le ocurrió también la forma interna que había de dar a tamaño composición y que consistía en provocar las narraciones de supuestos veteranos acerca de los magnos sucesos de la liberación mexicana. Habla Ferry del deseo "que ha nacido en mí sobre el campo de batalla del Puente de Calderón. Se me

ha puesto en la cabeza, desde hace algunos días, encontrar testigos oculares y actores de la guerra de independencia que pueden contármelo desde su principio hasta el fin". (150) Si bien no es de dudar que el autor encontraría a uno que otro veterano que le haya repetido su pequeño recorte de la historia nacional, el bulto de las reminiscencias lo habrán formado las fuentes históricas y de crónica (151) que menciona. Son estas: el "Cuadro histórico" de Carlos María Bustamante, "México y sus revoluciones" del Doctor Mora (11), las memorias de Iturbide y las proclamaciones y letras de Hidalgo y Morelos (135). Además halló en la biblioteca del convento de San Francisco los siguientes libros que lo cautivaron: una colección de leyendas milagrosas, otra de los autos de fé ordenados por la inquisición mexicana, así como "El Teatro Mexicano" de Fray Agustín de Betancourt. (136)

Que la educación de Ferry fué esmerada lo atestigua la cultura general que trasluce en su obra y la cual además de los clásicos latinos y franceses abarcó conocimientos de la literatura española. Menciona el romancero, al Cid Campeador, a Don Quijote y las novelas picarescas. (137) Habla de Vélez de Guevara. (138)

Las raras citas clásicas o de la biblia tienen la gracia de lo fortuito; las norias traen a Rebeca a la memoria de Ferry. Otros cotejos rozan la antigüedad greco-latina. Así compara al indio campesino del Bajío con el pastor de las Geórgicas. (139) Se mofa del latín de Fray Serapio como digno del de las comedias de Molière, (140) compara a su criado Cecilio con Ambrosio de Lamela (141) y se nos ocurre otra analogía: algunos de los mexicanos de Ferry tienen la configuración de los españoles de Le Sage, tan buenos franceses todos ellos.

Hemos presenciado muchas muestras de la imaginación fecunda de Ferry. Algunas nos recuerdan las célebres aventuras del barón alemán Freiherr von Münchhausen; sobre todo una, en que un caimán lazado arranca la silla de entre el jinete y la montura sin derribar al lazador.

El estilo de Ferry es vivo y desenvuelto. La narración revela el ritmo del cuentista que tiene mucho que decir y no necesita marcar el paso. Hace olvidar lo extenso de las anchas novelas. Consciente de los métodos literarios que emplea, con sentido estético que sabe escoger la palabra justa, y su genio francés que no insiste donde la insinuación basta, Ferry realiza con gracia el despegue de la tierra firme del costumbrismo para levantarse a las alturas de la ficción. De escribir durante una década más: ¡qué no pudiese haber producido Ferry que posea la imaginación de los grandes narradores! Si hubiera descrito las costumbres de México durante su estancia en el país, sujeto a la impresión fresca e inmediata de lo que vió y vivió, no se habría alejado tanto de la realidad mexicana. En cambio, Ferry hubiese perdido como novelista lo que hubiera ganado como costumbrista.

## NOTAS

(Al presentar estas notas amplias hemos querido ofrecer a la vez que un apoyo inmediato a nuestra argumentación una reducida antología del estilo de Gabriel Ferry).

1 Retratos de los próceres mexicanos entre 1817 y 1843 publicados en la "Illustration" y el "Courrier Français", reunidos más tarde en el libro "Les révolutions du Mexique".

2 Il se piquait de n'avoir presque rien inventé. (prefacio de "Les Rév. du Mex.")—(George Sand).

3 ...ces aventures sont toutes réelles, que l'élément romanesque n'y entre pour rien ou du moins que pour très peu de chose... le roman est tellement dans les mœurs au Mexique que celui qui veut les retracer fidèlement, s'expose à passer pour un conteur peu scrupuleux, quand il n'est que simple historien. (introducción a "Les Rév. du Mex."—anónimo).

Je n'ai pas besoin d'ajouter que, pour paraître romanesque, ce récit n'en est pas moins réel. Au Mexique, il ne faut pas l'oublier, le roman est dans les mœurs mêmes, et celui qui veut retracer fidèlement ces mœurs exceptionnelles s'expose à passer pour un conteur peu scrupuleux, quand il n'est que simple historien. (Sc. de la vie mex. p. 90).

4 Surprendre les mœurs des habitants dans leurs développements les plus secrets... (introd. a "Les Rév. du Mex."—anónimo).

5 ...les moindres détails des mœurs mexicaines, usages, coutumes, superstitions, lois, vices, abus... (ibídem).

5-a ...cette étrange république, déjà caduque après vingt-cinq ans seulement d'existence! (Sc. de la vie mex. p. 4).

6 ...il reconnaît que le plus pernicieux et le plus enraciné est le déplorable esprit qui anime l'armée... (ibídem).

7 "Les Natchez" de Chateaubriand vieron la luz pública en 1826.

8 ...l'officier... demande aussi vainement sa paye au gouvernement nouveau qu'au gouvernement déchu... insurgé par ambition, loup par nature, contrebandier à l'occasion, maquignon par nécessité, "remendón de voluntades" au besoin, l'officier fait métier et marchan-

dise de tout, plus à plaindre en cela qu'à blâmer, car on ne lui a rien appris, pas même les éléments de son métier, et son pays ne sait payer aucun service fût-ce même le sang que l'on verse pour sa cause... (Sc. de la vie mex. p. 234).

9 Ces "gambusinos" qui sont pour l'industrie minière ce que sont les pionniers américains pour l'agriculture et le commerce. (C. des bois Cap. I).

10 C'était bien là le désert tel que je l'avais rêvé. ("Le salteador" RddM. 1847-I-p. 5).

11 Carlos María Bustamante, Cuadro histórico; Doctor Mora, México y sus revoluciones. (Nota de G. F. en pág. 248 RddM 1850-7 "Le cap. Rup. Cast).

12 Combien de soldats obscurs, combien de héros ignorés avaient péri dans la foule. Au moment où cette triste pensée s'offrait à mon esprit, le soleil était près de se coucher. Le murmure du torrent, le frémissement des hautes herbes agités par le vent, toutes les mélancoliques rumeurs de la solitude m'arrivaient plus tristes, plus solennelles encore que de coutume. (RddM 1850-7 p. 250 "Le cap. Rup. Cast.")

13 Ce cheval amenait vers moi un cadavre décapité, celui d'Oeil-Double, maintenu sur sa selle à l'aide d'une longue et forte corde. Par une épouvantable raillerie, on avait attaché la tête du métis entre ses bras. (RddM 1850-8 p. 684 "Les sept Norias de Bajan").

14 RddM 1851-I-p. 83 Cab. et guer., Sc. de la vie mil., "Le soldat Cureño".

15 Comenta Ferry, hablando de la madre de Luz: "Toda vieja es alcahue'a, proverbe espagnol et qui ne laisse pas d'avoir cours au Mexique même dans la meilleure compagnie" (RddM 1851-6 Sc. de la vie mex. "Le rastreador").

16 Le convoi se rémit en mouvement; néanmoins... les mules paraissaient avoir perdu leur vigueur habituelle, comme si l'on eût mêlé à leur ration quelque drogue énervante. (Sc. de la vie mex. p. 258).

17 Un lac fangeux formé par l'inondation qui emprisonnait une ville toute entière... la saison des inondations est dans ce pays la saison des fêtes et des plaisirs... Les cloches des églises sonnaient comme d'habitude, et, à travers leurs portes ouvertes, au milieu de la nef inondée, on apercevait les pirogues entrer, s'arrêter... Par l'une des issues glissait sans bruit un canot, pavoisé de noir, qui conduisait un mort à la dernière demeure; sur une pirogue aussi pavoisée... de jeunes filles... conduisaient en chantant une mariée à l'autel... d'autres habitants, assis à leurs fenêtres, les jambes pendantes au dehors, pêchaient dans la cour et dans les appartements des rez-de-chaussée les poissons... (RddM 1851-6 p. 690 "Le Rastreador").

18 Au moment même, où il se refusait encore par la parole à exaucer les prières du chercheur de traces, son bras portait deux coups de poignard dans le coeur d'Andres. (ibidem).

19 Introducción a "Les Rév. du Mex.". (anónimo).

20 La portion inondée du pays n'est plus alors qu'un lac immense couvert de débris épars et de cadavres d'animaux... La surface, calme et tranquille, présente désormais le spectacle le plus étrange: des villes prisonnières au milieu des eaux sur lesquelles elles dominent, et des barques pavoisées, bruyantes, tumultueuses... et qui conduisent, en chantant au son des mandolines et des harpes, des jeunes filles couronnées de fleurs. Heureuse insouciance de la jeunesse! Après avoir répandu la terreur et la mort, l'inondation finit par n'être plus qu'un sujet de plaisir. (Costal l'indien, cap. 4).

21 C'est l'hiver des pays d'Amérique situées sous ces latitudes; il commence en juin et finit d'ordinaire en octobre. (ibidem).

22 ¡En canoa! exclamó Marianita pasando con la misma rapidez de la angustia a la alegría. De veras Gertrudis; pasearemos en canoa por el llano y nos coronamos de flores en nuestra barca empavesada. (El indio Costal... Ed. esp. de 1908).

En canot! répéta joyeusement Marianita; c'est vrai, au fait, nous voguerons en canot sur la plaine! (Costal l'indien, ed. de 1906).

23 ...où l'action était placée dans des personnages inventés que l'on fait agir comme l'on veut, tandis qu'il passe de loin en loin à l'horizon une grande figure historique dont la présence accroît l'importance du livre et lui donne une date. (Alfred de Vigny, Journal d'un poète 1847. Citación hecha en la pág. 541 de "L'Histoire ill. de la litt. Fr. par E. Abry, C. Audic et P. Crouzet).

24 Je rêvai de conquérir pour mon maître (Carlos ~~VIII~~) un royaume aussi beau, aussi vaste que celui qu'il perdait. (Le coureur des bois I p. 140).

L'Europe en ce moment regorge de population et cherche de toutes parts à verser son trop plein; les aventuriers viendront en foule se ranger sous nos bannières et conquérir le nouveau royaume dont l'Europe mettra encore la couronne sur la tête d'un de ses fils... le sénat, l'armée appelleront pour les gouverner un prince européen. (ibidem p. 144).

25 Le tableau des moeurs du désert que nous essayons de tracer... (Le c. d. b. II, 131).

26 ...il (Ferry) s'élève à la plus grande hauteur comme historien dans "La vie de Santa Anna" (George Sand, prólogo de "Les Rév. d. M.)

27 On appelle zarape une couverture que les Mexicains de toutes les classes portent habituellement, et qui leur sert à une foule d'usages. (Les R. d. M. "Xavier Mina").

28 Gachupines: nom que les Mexicains donnent aux Européens. (R. d. M. "Le padre Torres").

29 Excepté peut-être à son couvent, le moine est partout. (Sc. d. l. v. Mex. p. 45).

30 Je ne pus m'empêcher en m'éloignant de songer au bizarre contraste que présentaient ces deux hommes, habitants du même couvent, soumis à la même règle, tous deux méconnaissant la sainteté de leur mission, l'un mariant le libertinage d'une pieuse crédulité, l'autre poussant la piété jusqu'au fanatisme et la faisant dégénérer en cruauté. Ce contraste me disais-je, tristement, résumerait-il toute la vie du moine mexicain? Qui me dira combien de malheureux, dans les innombrables cloîtres du Mexique, ont commencé comme le premier pour finir comme le second! (Sc. de la vie Mex. p. 87).

31 "La veta madre", qu'exploitent les sociétés minières de la Valencia, de Cata, de Mellado, de Rayas, fut découverte par le mineur français Laborde, et a fourni, dans l'espace compris entre 1829 et 1837, à peu près 150 millions de francs. (nota al pie de la p. 181 de Sc. de la vie Mex.)

32 Je ne voulus pas perdre l'occasion qui s'offrait à moi d'observer sur son vrai théâtre un type, dont les gambusinos ou chercheurs d'or de la Sonora ne m'avaient donné qu'une idée bien imparfaite. (Sc. de la vie Mex. p. 183).

33 Depuis le mineur français Laborde, qui prodiguait jadis les millions aux cathédrales, jusqu'au plus obscur "peón", l'histoire de ce hardi travailleur est toujours la même; le hasard est le seul dieu devant lequel il s'incline. Il accepte son pénible labeur comme une mission providentielle, et cette pensée orgueilleuse trouve dans la loi même une sorte de consécration: d'anciens privilèges accordaient la noblesse à l'ouvrier des mines; aujourd'hui encore, il ne peut être dépossédé par des créanciers tant qu'il trouve à exercer sa profession. (Sc. de la vie Mex. p. 182).

34 J'avais vu les chercheurs d'or de l'état de Sonora, j'avais admiré l'espèce de grandeur qui relevait leur physionomie, car tout dans le désert, prend de plus larges proportions; mais, au sein des villes, le type du mineur était loin d'offrir à mes yeux le même prestige... me prouvait que le mineur n'avait pas tout à fait dégénéré. (Sc. de la vie Mex. p. 211).

35 Le bord de la mer est préférable aux bois, c'est pour enrichir ceux qui l'habitent que le vent du nord souffle trois mois de l'année. Restez avec moi: dans un an vous serez riche. (Sc. de la vie Mex. p. 354).

36 L'honnête Ventura ne faisait si rude guerre aux maraudeurs, je commençais à m'en apercevoir, que parce qu'ils empiétaient sur sa propre industrie. (Sc. de la vie Mex. p. 341).

37 Malheureusement l'empreinte des fers de son cheval (de Santa Anna) est distinguée par l'oeil, à qui rien n'échappe, de ceux qui le poursuivent; sa trace est reconnue parmi des milliers d'autres, dans la sable, sur les rochers, sur la moindre tige d'herbe... (Les Rév. du Mex. "Le général Santa-Anna").

38 (Dice el apache "Oiseau-Noir). Le buffle des prairies n'est pas plus facile à suivre que la piste des blancs. La trace du buffle indique à l'indien son âge, son embonpoint ou sa maigreur, le but de sa course et jusqu'à la date de son passage. Il y a donc derrière les roseaux du berceau flottant un homme fort comme un bison, plus haut que la plus longue carabine; il y a avec lui un guerrier de la race mêlée du sud et du nord et un jeune guerrier de la race pure du sud; mais l'alliance des deux derniers avec le premier indique qu'ils sont les ennemis des blancs du midi, car les plus faibles recherchent l'amitié des plus forts, et ils épousent toujours leur cause. (Le coureur des bois I, p. 333).

39 Il montrait la trace des genoux. Ici le voyageur a demandé merci: l'homme de Tierra Adentro l'a protégé de son corps, ainsi que l'atteste l'empreinte de ses talons près de l'empreinte des genoux, et c'est là, ajouta-t-il en montrant la trace de la pointe du pied, qu'un chacal a frappé par derrière le malheureux, que son compagnon défendait. (RddM 1847-1 p. 22, "Le Salteador").

40 (Oeil-Double): Je sais que cet homme est petit de taille, parce que pour décrocher le quartier de cerf à portée de la main d'un homme de taille ordinaire, il a été obligé de se hausser sur un tas de pierres que j'ai trouvées amoncelées au pied du poteau. Je sais qu'il est blanc, parce que j'ai vu à l'empreinte de ses pieds sur les feuilles sèches qu'il marche en dehors, ce qui n'arrive jamais à un Indien. J'ai su qu'il est vieux par ses enjambées inégales et petites. J'ai deviné que sa carabine était courte, parce que j'ai retrouvé sur l'écorce blanche d'un jeune bouleau la trace du canon de son arme qu'il avait appuyée contre le tronc pour avoir des mains libres. L'empreinte des pattes de son chien annonce évidemment la taille de cet animal, et enfin de l'aspect du sol où l'animal s'était assis sur son derrière pendant que son maître décrochait ma viande, j'ai conclu que le chien n'avait pas de queue. (Sc. de la vie mil. RddM 1850-8, p. 664". "Les sept Norias de Baján").

41 Un des Jarochos accoutumé comme ils le sont tous à suivre une piste sur des traces presque invisibles, dont les yeux et les oreilles exercés voient et entendent ce que l'Européen ne verrait ni entendrait. (Rév. du Mex. "Santa Anna").

42 "El indio Costal" ed. esp. p. 304.



43 Notre vie se passe à courir les bois sans autre but que de ne pas nous trouver resserrés dans les villes... Bois-Rosé, qui avait dit pour jamais adieu à la vie civilisée comme les coureurs des bois ses pareils... qui préfère la vie errante à la vie sédentaire. ("Le coureur des bois" I p. 105).

... pendant cinquante ans de ma vie j'ai pu comparer la pompe des villes à la magnificence des déserts... (ibidem, II p. 81).

44 (el autor:) ...aujourd'hui encore les Prairies sont sillonnées d'un grand nombre d'aventureux chasseurs qui, après avoir goûté cette vie de périls, n'y peuvent plus renoncer. Cela se conçoit. Que sont les mesquines émotions de l'existence civilisée, auprès de ces puissantes émotions de la vie sauvage? Nous pouvons le dire, qui bien des fois, nous sommes endormi sans savoir si nous nous réveillerions. (ibidem, II p. 131).

45 Je vous connais comme un chercheur d'aventures. (Sc. de la vie mex. p. 56).

46 Je plaignais alors le voyageur que je voyais emporté par le galop rapide des chevaux de la diligence qui passait comme un éclair près de nous, et dans laquelle peut-être des compatriotes me montraient au doigt comme un débris des anciennes mœurs mexicaines. Quelques vices de plus, beaucoup de charmes de moins, tel est le résultat d'une parodie de civilisation qui, jusqu'à présent, n'a fait que détruire et n'a rien reconstruit. (Sc. de la vie Mex. p. 225).

47 ...cette quiétude que donne à l'âme la fatigue du corps, et qui semble prouver que le bonheur de l'homme consiste dans le mouvement physique plutôt que dans la pensée. (ibidem).

48 Parfois aussi j'aimais à méditer dans le jardin, car la disposition d'esprit où je me trouvais durant mon séjour à Mexico était de celles qui font rechercher la solitude. (ibidem, p. 49).

49 J'étais... livré à d'assez pénibles réflexions sur cet isolement souvent si cruel qui attend l'étranger dans les pays habités par la race espagnole... (ibidem p. 216).

50 Depuis mon arrivée au Mexique, les années s'étaient ajoutées aux années, et je commençais à ressentir de sourdes atteintes de nostalgie... Je soupirais même après les frimas de nos hivers. (ibidem p. 49).

51 México avait été l'endroit de halte où je me reposais au retour de chacune de mes excursions. C'était pour moi comme une seconde patrie... (ibidem p. 252).

51-a Gustave Aimard "Les nuits mexicaines" p. 12: "... mieux vaut la vie d'aventures au désert et l'indépendance pauvre". p. 48: "c'est seulement dans les hautes savanes du grand désert mexicain qu'il est possible de voir la nature telle que Dieu l'a faite". p. 97:

Dominique dice à Olivier: "...vous m'avez quitté en m'ordonnant de demeurer dans les prairies et de mener l'existence de coureur des bois..." p. 58: Les Mexicains de même que leurs ancêtres les Espagnols sont fort sobres, ils ne boivent pas pendant les repas, ce n'est que lorsque les dulces ou confitures sont apportées, c'est à dire au dessert, que des vases contenant de l'eau sont placés sur la table". Olivier: "Mais vous savez, dit Olivier, rien de mexicain; je ne veux pas entendre parler ici de l'affreuse cuisine du pays". p. 193: Mais, alors, c'est un monstre? Non, répondit le mayordomo, c'est un sang mêlé". (se trató de un hijo de Zapoteca y Español).

52 A notre avis, la race anglo-américaine seule est assez forte pour lutter, même en nombre inférieur, contre l'astuce et la barbarie indiennes. La race canadienne est l'unique rivale de celle-la en exploits héroïques, en ressources fécondes... mais les descendants des Espagnols, sauf de bien rares exceptions, sont trop faibles pour les terribles ennemis de tout genre, la soif et la faim exceptées, qu'ils sont exposés à recontrer dans les solitudes du Nouveau Monde. ("Le coureur des bois", I p. 418).

53 Ses blanches mains dénotaient une vigueur européenne, qui devait seconder, au besoin, les passions développées sous le ciel torride de la molle Amérique espagnole. (ibidem, I p. 103).

54 Le Mexicain avait toute la vivacité d'intelligence de ses compatriotes. (ibidem, I p. 286).

...l'un et l'autres soutenaient la réputation des Mexicains et des Indiens qui sont les premiers cavaliers du monde. (ibidem, I p. 303). L'hacendado écoutait cette preuve de la merveilleuse sagacité de ses compatriotes dont il avait tous les jours tant d'occasions de se convaincre. (ibidem, I p. 117).

55 ...malgré l'apparence de vigueur de sa haute stature... des extrémités presque fluettés, quelque chose de voilé dans son regard, révélait la nature toujours incomplète du créole américain. (ibidem, I p. 40).

56 Don Rafael était créole, élevé par conséquent dans l'ignorance et la superstition. ("Costal l'Indien" Cap. 4).

57 A peine étions-nous arrêtés devant la prétendue hôtellerie, qu'un grand drôle, un de ces métis si nombreux au Mexique, très reconnaissable à son teint, entr'ouvrit la porte. (Sc. de la vie Mex. p. 61).

58 Sc. de la vie Mex. p. 32.

59 ibidem p 98.

60 ibidem p. 151.

61 ibidem p. 155.

62 ibidem p. 138.

63 ...les femmes à l'oeil ardent à peine vêtues jetaient au vent... les refrains de leurs lascives chansons. (Sc. de la vie Mex. p. 54).

64 ...où l'ambition de toutes les femmes se résume par ce dicton:

"Camisas de Bretaña,  
y maridos de España".

(Sc. de la vie Mex. p. 144).

65 La femme aussi est un de ces délicieux contrastes dans la peinture violente des moeurs du désert... ("Le coureur des bois", II, p. 188).

66 Une petite tente de soie bleue, que la galanterie de Traga-duros avait fait venir d'Arizpe en vu de ce voyage, fut dressée sous un bouquet d'arbres pour doña Rosarita... mais elle chercha vainement le sommeil sur les dentelles de son oreiller. ("Le coureur des bois", II, p. 195).

67 "El indio Costal o el dragón de la reina" México 1908.

68 (hablando de doña Rosarita) Son voile de soie jeté sur sa tête laissait entrevoir les nattes luisantes de sa chevelure et entourait de ses plis l'ovale enchanteur de son visage. Le voile étroit cachait ses épaules, mais ne descendait pas jusqu'à sa taille, dont les riches contours étaient dessinés par sa ceinture écarlate, et, sous ses plis chatoyants, des bras étincelants de blancheur empruntaient un nouveau lustre à l'azur du rebozo. ("Le coureur des bois" I, p. 124).

69 De longs cheveux ondes tressés en nattes qui s'échappaient de son "rebozo" entr'ouvert, son teint légèrement basané, ses brunes épaules que sa chemise de toile fine, bordée de dentelles, laissaient presque nues, sa taille svelte que n'avait déformée aucun corset et surtout les trois jupons de couleurs tranchées qui tombaient à plis droits sur ses hanches onduleuses, tout décelait... le type plus pur de la "china". (Sc. de la vie Mex. p. 95).

70 Un primoroso pie de que las mexicanas y las mujeres de América del Sur, parecen tener el privilegio exclusivo, cualquiera que sea la clase a que pertenezcan. ("El indio Costal" p. 80).

71 Nonchalamment étendues sur les coussins de leurs voitures, elles laissent reposer dans une chaussure souvent trop négligée ce pied qui fait leur orgueil et l'admiration des Européens. (Sc. de la vie Mex. p. 19).

72 Ses cheveux d'ébène étaient ornés d'un diadème de fleurs de suchil mêlées de "cucuyos" dont la lueur bleuâtre ceignait son front d'une mystérieuse et fantastique auréole. (Sc. de la vie Mex. p. 299).

73 Sc. de la vie Mex. p. 138.

74 ibidem p. 19.

75 *ibidem* p. 43.

76 Veste sans boutons, qu'on passe par le cou comme une chemise, et un large pantalon, le tout en cuir tanné d'un rouge de brique. Ce pantalon, ouvert à partir du genou jusqu'aux talons... jarrettières écarlates... une ceinture de crêpe de chine rouge, un large feutre, dont la forme était entourée d'un cordon ou "toquilla" de perles de Venise. ("Le coureur des bois" I, p. 40).

77 Les déjeuners furent subitement interrompus, et les débris des vertes cabanes jonchèrent le sol de l'arène sous le choc impétueux d'une bande de léperos qui se laissèrent glisser, à l'aide de leurs couvertures, des loges les plus élevées... (Sc. de la vie Mex. p. 9).

78 Pendant que l'ennemi concentre son attention sur ce point quinze hommes courent vers le sud... à l'aide de leur zarape, ils atteignent les azoteas (terrasses) des maisons élevées seulement de quelques mètres au-dessus du sol, dans cette partie de la ville... Ils se laissent tomber par terre, toujours à l'aide de leur zarape... (Les Rév. du Mex. "Xavier Mina" p. 67).

79 ...les plats nombreux ne pouvaient guère exciter que l'étonnement ou le dégoût. L'absence de toute espèce de liquide était un fait remarquable au milieu de cette abondance de mets. Au Mexique, on ne boit qu'après le repas. Tous boivent dans deux énormes verres de deux à trois litres. (Sc. de la vie sauvage au Mexique, "L'Hacienda de la Noria").

80 *ibidem*.

81 ...puis on apporta d'énormes verres d'eau comme ceux des temps antiques, et qui possèrent successivement des mains à la bouche de chaque convive. ("Le coureur des bois", I, 126).

82 Les gens dévots ont l'habitude de se faire enterrer dans des habits de moine et plus ces habits sont usés plus ils ont de prix à leurs yeux. (Sc. de la vie Mex. p. 57).

83 Le greffier sténographiait ces réponses en cassant de petites branches de xocopan et en alignant, comme des hiéroglyphes, des grains de maïs sur le sol. (Sc. de la vie Mex. p. 65).

84 ...les uns portant, à défaut de christs, de petites images de saints ou de saintes, d'autres, moins heureux encore, obligés d'arborer, faute de mieux, des drapeaux fanés, des oripeaux ternis et jusqu'à des cages à poules. (Sc. de la vie Mex. p. 64).

85 Eh bien! je suis content, quoique je ne possède plus un "tlaco" dans le monde et, si vous le voulez bien, je vous joue le corps de mon enfant. C'est un enjeu, continua-t-il d'un air confidentiel, qui en vaut bien un autre, car je puis le louer encore, et bien cher, à quelque amateur de velorio. (Sc. de la vie Mex. p. 37).

86 ...à ses yeux vitreux... il était facile de voir que la vie s'était retirée de lui. (Sc. de la vie Mex. p. 31).

87 Sous la triple inspiration du vin, des femmes et du jeu, l'orgie que je surprénais ainsi à son début... (ibidem p. 30).

Qu'on imagine ces convives aux yeux éteints par l'ivresse, ces femmes presque nues, tous réunis autour d'un cadavre couronné de fleurs... (ibidem, p. 34).

88 Plus loin... les portefaix nègres... se battaient et se culbutaient sur le sable, sans égard pour leur fine chemise de batiste brodée. Je souris involontairement, en comparant ces commissionnaires fastueusement vêtus à nos modestes portefaix auvergnats. (ib. p. 330).

89 Allons, voyons, disait-il, pas de mauvaises plaisanteries, Pan-chito, tu sais bien que je n'ai pas les moyens de payer une pension à ta femme. Tu as beau faire le mort, je ne suis pas ta dupe. (ibidem, p. 97).

90 Dans le désert, les minutes sont précieuses... ("Le coureur des bois, II, p. 20.

...celui qui a franchi cent lieues peut attendre cent heures. (ibidem, I, p. 40).

91 L'Oiseau-Noir fit feu... mais agenouillés à la file, l'un après de l'autre, les trois chasseurs ne présentaient pas un large but, et la balle passa en sifflant (ibidem, I, p. 336).

92 Pepe, en se rejetant à terre pour recharger sa carabine, couché sur le dos, suivant l'habitude américaine en pareil cas... (ibidem I, p. 342).

93 ...des profondeurs sonores de la forêt... (ibidem, I, p. 40).

94 ...les chevaux des deux aventuriers hennissaient plaintivement, tourmentés par la soif, tandis que leurs maîtres cherchaient le peu d'ombre que laissait tomber le feuillage clairsemé des mezquites (ibidem, I, p. 46).

95 Au milieu de l'échiquier formé par les terrasses des maisons, et parmi les fleurs dont ces terrasses sont ornées, vous verrez surgir, comme d'un immense bouquet, les clochers... (Sc. de la vie Mex. p. 2).

96 Si le promeneur qui suit cette chaussée (la que acompañaba el canal de la Viga) n'apercevait à quelque distance les bâtiments du cirque des taureaux et plus loin les tours de la cathédrale qui bordent l'horizon au-dessous des deux volcans, il pourrait se croire à cent lieues de México. (Sc. de la vie Mex. p. 52).

97 A la fois brave et poltron, calme et violent, fanatique et incrédule... joueur éternel, querelleur par caractère... tour à tour portefaix, maçon, conducteur de chevaux, paveur de rues, commerçant, le lépero est tout... voleur par instinct... raclant sa jarana (petite

mandoline)... déjeune d'un rayon de soleil, soupe d'une cigarette... (ibidem p. 6-7).

98 ..."l'aguador" (porteur d'eau), qui finit sa journée, traverse la place, courbé sous son chochocol de terre poreuse. (ibidem, p. 3).

99 Le nouveau-venu était vêtu de la souquenille en laine rayée et du court tablier des conducteurs de mules... (ibidem p. 256).

100 ...ces hideux cabarets mexicains, où la populace mâle et femelle s'abreuve de l'horrible breuvage du pulque fermenté... Les murailles étaient couvertes de fresques incroyables, de personnages grotesques ou rébarbatifs, de scènes d'ivrognerie, de meurtre, d'amour... le tout accompagné de devises bizarres et surmonté de l'inscription sacramentelle: hoy se paga, mañana se fia. Des cuves découvertes, remplies de la liqueur laiteuse, à l'odeur nauséabonde... (Sc. de la vie Mex. p. 170/1).

101 Le gardien de nuit accroupi sur le trottoir, semblait suivre d'un regard mélancolique les grandes nuages... si je trouvais quelque brave garçon qui voulut prendre mon manteau et garder ma lanterne j'irais moi-même à la fête. (ibidem, p. 27).

102 Le sous-officier se fait faire place à l'aide du cep de vigne qu'il porte à la main comme indice de son grade. (ibidem, p. 3).

103 Je ne pus m'empêcher d'admirer la beauté du cheval et de remarquer en même temps l'aisance du cavalier, qui semblait ne contenir sa monture que par cette force d'une volonté inflexible, qualité distinctive de l'écurier mexicain. (ibidem p. 223).

104 La plume docile des évangélistes (c'est ainsi qu'on les appelle) est requise pour mille commissions plus ou moins délicates (ib. p. 94).

105 Ce jeune homme à la mine hâve et jaune, portait sur ses cheveux longs et gras un petit chapeau presque sans bords, et sur ses épaules une "esclavina" usée. C'était le beau idéal du clerc de procureur. (ibidem, p. 108).

106 le menu négoce mexicain semble avoir choisi pour théâtre les sombres arcades de los Mercaderes... les boutiques (alacenas) abondamment pourvues de livres de piété, de rosaires, de dagues et d'éperons. À côté de ces boutiques, comme pour représenter la vente en détail à ses derniers degrés, des "léperos" en haillons trafiquaient en petits articles de verroterie, et, leur fonds de commerce sur un doigt de la main... (ibidem, p. 93).

107 La nation mexicaine est si sobre, qu'on peut dire que la gastronomie est chez elle à l'état d'enfance. (Sc. de la vie mil. au Mex. p. 262).

108 Bien que, selon l'usage, toute le prodigalité culinaire qui

chargeait la table n'eût été, pour un palais européen, qu'une parodie extravagante de tous les principes gastronomiques... ("Le coureur des bois" I, p. 126).

109 Dans certaines parties du Mexique, la viande de boucherie est découpée en lanières, séchée au soleil et débitée à la mesure, comme le ruban, la corde ou la toile. (Sc. de la vie Mex. p. 164).

110 Dans les "puestos" brillaient, au milieu des fleurs, des verres gigantesques remplis de diverses boissons rouges, vertes, jaunes, bleues. (Sc. de la vie Mex. p. 9).

111 Prenez-la, me dit-il, (Don Jaime) et gardez-la en souvenir de moi. Pendant longtemps cette mandoline et l'espérance ont été ma seule fortune... (ibidem, p. 156).

Escorté de Cecilio et affublé de la guitare du gentilhomme bis-cayen (Don Jaime), j'avais un faux air du chevalier errant de la Manche... (ibidem, p. 166).

112 Un détail caractéristique me frappa: c'est que le banquier avait devant lui un couteau catalan, tranchant comme un rasoir (ib. 108).

113 página 165 de "Sc. de la vie Mex."

114 Le poignard et trop en honneur parmi les gens du peuple mexicain pour n'avoir pas une foule de noms; selon les provinces, on l'appelle estoque, verdugo, puñal, cuchillo, belduque, navaja. (ibidem p. 207).

115 ...à deux pas de la plus brillante promenade de México... Le jour qui jetait ses dernières lueurs à travers la grille de la morgue, n'éclairait plus que faiblement les victimes qui gisaient pêle-mêle sur un lit de maçonnerie souillé de larges plaques de sang. (ibidem, p. 20).

116 ...la pointe de l'arme s'enfonça dans sa poitrine et sortit toute sanglante entre ses épaules ("Le coureur des bois", I, 303).

117 l'un deux l'étend à terre d'un coup de sabre, les autres l'achèvent impitoyablement avec leurs baïonnettes. Puis comme si leur cruauté ne se trouvait pas encore satisfaite, ils se précipitent sur ce corps troué de blessures, en arrachant le coeur et les entrailles. (Les Rév. du Mex. "Le Padre Torres").

118 Il nageait dans une mare de sang qui s'était échappée d'une large ouverture faite par un coup de poignard appliqué entre les côtes avec une telle force, que l'une d'elles était brisée, et la garde avait dû entrer profondément dans le corps... (Les Rév. du Mex. p. 231 "Don Lucas Alamán").

119 ...puis à la seconde bouffée, son oeil sortit violemment arraché de son orbite, et il expira... (ibidem).

120 "Les bravi" du Mexique, comme ceux de tous les pays où l'on exploite encore cette formidable industrie, commencent d'abord par tuer, quittes à reconnaître plus tard leur erreur ou à se faire payer double besogne. (Sc. de la vie du Mex. p. 167).

121 La cohue s'écoule en tous sens (en el Zócalo después de sonar el Angelus), les voitures s'ébranlent, les cavaliers galopent, les piétons s'écartent, mais pas toujours assez promptement pour se dérober à l'épée ou au "lazo" de hardis voleurs. (ibidem, p. 5).

122 Sc. de la vie Mexicaine, p. 97.

123 ...un de ces magistrats auxiliaires, à la fois alcades et cabelleiros, qui hébergent les malfaiteurs pendant le jour, quitte à les poursuivre la nuit. (ibidem p. 36).

A leur allure timide, un Européen nouvellement débarqué les eût pris pour des malfaiteurs mais mon expérience ne se laissa pas mettre en défaut: la justice pouvait seule avoir une contenance aussi craintive, et il me fut facile de reconnaître une ronde de nuit et quatre celadores. (ibidem, p. 35).

124 ...une menue toile d'emballage enveloppait les paquets de marchandise et de deux collis n'en présentait qu'un seul à la vue. (Les Rév. du Mex. "Lucas Alamán" p. 241).

125 ...les voleurs des grandes routes... pas organisés en bandes permanentes... ce sont des pères de famille fort estimables ornés chez eux de toutes les vertus domestiques, en relations avec tous les hôteliers de la route, protégés par l'alcade de leur village, et bénis par leur curé qui prélevait et prélève encore une dîme sur le produit de leur course... (ibidem).

126 L'hôte, qui s'intéressait encore moins, si cela se pouvait, aux voyageurs chevauchant sur la grande route qu'à ceux qu'il hébergeait, me tourna le dos avec l'aménité propre à ses confrères. (Sc. de la vie Mex., p. 133).

127 ...j'eus à peine le temps de mettre pied à terre qu'il me pressa dans ses bras, à la mode du pays. (ibidem p. 168).

128 Les chinampas sont des jardins flottants formés par l'agrégation successive de molécules de terre sur des couches d'herbes aquatiques. Ces jardins forment autant d'îlots et les couches de terre atteignent parfois l'épaisseur d'un demi-mètre, (ibidem, p. 53).

129 ...les règlements de police interdisent, après l'angelus, de parcourir les rues de México à cheval. (ibidem, p. 28).

130 Depuis quelques années déjà, une entreprise américaine avait, dans plusieurs directions, établi un service de diligences; déjà aussi des charriots pour le transport des bagages faisaient concurrence sur presque toutes les routes aux pittoresques caravanes des "carrieros". (ibidem, p. 221).





131 Selon un usage assez répandu au Mexique, Cecilio ne voyageait jamais sans être muni d'un jeu de cartes. (ibidem, p. 288).

132 Deux joueurs, en quelque endroit qu'ils se trouvent, sont toujours un agréable spectacle pour les Mexicains de toutes les classes. (ibidem, p. 288).

133 ...sans souliers et sans nourriture, ils savent supporter des marches énormes ("La guerre des États-Unis et du Mexique, Sc. et épisodes de l'invasion" RddM 1847-5 p. 390).

134 Le soldat mexicain se bat intrépidement à l'arme blanche, mais détourne la tête en déchargeant son fusil, qu'il est toujours prêt à vendre. (ibidem).

135 Les mémoires d'Iturbide, London 1824 A statement of some of the principal events in the public life of Agustín Iturbide written by himself". (Les Rév. du Mex. "Iturbide").

Nous avons entre les mains des proclamations, des lettres imprimées d'Hidalgo et de Morelos qui portent en tête un coq au milieu d'un cartouche noir. (ibidem).

136 Deux livres entre autres, auxquels le milieu dans lequel je me lisais prêtait un charme étrange, m'avaient captivé complètement: l'un était un recueil de légendes merveilleuses, l'autre la collection des autos de fé ordonnés par l'inquisition mexicaine. (Sc. de la vie Mex., p. 48).

137 "Il y avait dans cet exorde une certaine arrogance du Cid Campeador qui ne me déplut pas; c'était comme une strophe inédite ajoutée au Romancero dont le gentilhomme biscayen chantait les vers un instant auparavant. (ibidem, p. 143).

138 A côté de femmes jeunes et belles, il y en avait aussi de celles qui penchent, selon l'expression anglaise, du côté nuageux de trente ans. On rencontrait encore bon nombre de ces "doncellas chanflonas" de ces beautés de faux aloi dont parle Vélez de Guevara. (ibidem p. 102).

139 Comme le berger des Georgiques, avec ses cothurnes de cuir... (ibidem p. 180).

140 Fray Serapio termina son exhortation en administrant à la hâte à Perico une absolution quelconque dans un latin digne des comédies de Molière. (ibidem, p. 16).

141 ...mon valet Cecilio... sa figure jouffle, son air à la fois hypocrite et naïf, me rappelaient involontairement le personnage d'Ambrósio de Lamela dans Gil Blas. (ibidem p. 131).

142 Le tableau des moeurs du désert que nous essayons de tracer. ("Le coureur des bois" I, p. 418).

143 Au milieu des déserts du Far-West, dans les prairies lointaines de l'occident de l'Amérique. ("Le coureur des bois" II, p. 167).

144 Avant son apparition (de "Le coureur des bois") il n'existait peut-être pas le roman français de ce genre: la traduction des ouvrages de Cooper avait excité l'admiration sans produire cependant aucune oeuvre originale qui s'en approchât. (Introducción a "Les Rév. du Mex." anónimo).

145 ... l'émule de Cooper... (George Sand, prólogo de "Les Rév. du Mex.").

146 ... que nos fera l'Oiseau-Noir? Trois choses, répondit l'Apache... ils (les trois guerriers blancs) seront d'abord les chiens de sa hutte; il fera ensuite sécher leur chevelure à son foyer; puis il donnera leur coeur à manger à ses guerriers:... Telle est encore aujourd'hui au milieu de XIXième siècle, l'aménité des mœurs indiennes dans les Prairies. ("Le coureur des bois" II, 131).

147 Un paysage n'est complet, selon nous, que quand il présente certains contrastes. L'imagination ne tarde pas à se lasser des sites qui n'offrent que des rocs déchirés... ("Le coureur des bois", II, p. 188).

148 ...c'est aussi le charme de l'imprévu qui peut obtenir grâce pour les développements donnés au récit d'une excursion dans ces mystérieuses solitudes. ("Sc. de la vie sauvage", "Les Gambusinos").

149 Je ne voulais pas perdre une occasion si précieuse d'étudier quelque nouvel aspect de cette vie mexicaine, qui, avec le désert ou l'océan pour cadre, gardait toujours pour moi l'intérêt d'un roman. (ibidem).

150 "El indio Costal" ed. esp. p. 12.

151 (Ferry a Ruperto Castañedo:) Usted me relata la historia, y yo quiero la crónica... (Sc. de la vie mil. "Le capitaine Ruperto Castañedo").

III

OTROS ESCRITORES EXTRANJEROS

FRANCE ERSKINE INGLIS DE CALDERON DE LA BARCA

JOSE ZORRILLA

ALEJANDRO DE HUMBOLDT

## FRANCE ERSKINE INGLIS DE CALDERON DE LA BARCA

Apenas tres años después de la partida de Gabriel Ferry vino a este país como primer embajador de España después de la independencia el ministro y marqués Calderón de la Barca y junto con él su esposa, dama inglesa de nacimiento y de formación, que había de ser la autora del conocido libro "Life in Mexico", colección de cincuenta y cuatro extensas cartas, enviadas a miembros de su familia entre octubre 1839 y febrero 1842. En un corto preámbulo que para el libro escribió William H. Prescott, este historiador americano manifiesta, que aconsejó la publicación de "such rich stores of instruction and amusement", (1) poniendo énfasis en la aseveración que las cartas no fueron escritas para ser dadas a la imprenta. (2)

La alta posición y las prendas personales de la dama le abrieron de par en par puertas y corazones. Pudo visitar y observar en el corto lapso de su estancia instituciones y personajes que otros extranjeros no alcanzaron ver en su vida. El puesto de su esposo la puso en contacto con los jefes políticos, militares y de la iglesia. Sus conocimientos históricos acrecientan el mérito de sus apreciaciones de hechos y figuras de la época. En los dos años le tocan dos revoluciones de los llamados pronunciamientos. Recibida por doquiera con los brazos abiertos y disfrutando a diario de la proverbial hospitalidad mexicana, la señora Calderón de la Barca se intimó con innumerables personas, ya de la capital, ya de los departamentos que llegó a visitar en compañía de su esposo. Fuera de la capital pernoctaron raras veces en los malos mesones, ya que casi siempre hallaron albergue en casas particulares, cuyos habitantes, nobles o humildes, contribuían a enriquecer la historia de costumbres mexicanas de los cuarenta a que equivale su libro. El costumbrismo en el contenido ofrece una comparación interesante con el de Ferry, no tanto a causa de las costumbres en sí cuanto por la luz en que son miradas por uno y otro, luz muy diferente a pesar de la similitud de las circunstancias exteriores y aun algo como parentesco anímico en los dos autores. Eran viajeros apasionados y vieron el país casi al mismo tiempo. Ambos a dos eran aficionados a la historia, el estudio de las costumbres y la buena forma literaria. El amor de la naturaleza y el gozo de las largas caminatas a caballo exteriorizan en la inglesa algo como el espíritu de aventura traducido a lo femenino, de Ferry. Con todo, y siempre guardando las proporciones, hay esta diferencia fundamental: la marquesa describe en sus cartas como en un diario las impresiones inmediatas. Las observaciones de Ferry, por otro lado, antes de salir de la pluma, sufren, como hemos

visto, un proceso de fermentación novelesca. El resultado es un costumbrismo objetivo y mexicano en la inglesa y un costumbrismo imaginario y exótico en el francés. La marquesa no pinta, fotografía. No hay trama novelesca, prueba de que Prescott tiene razón cuando afirma que su protegida no pensó en la publicación de las cartas. Tampoco hace falta tal trama. Los acontecimientos de la inquieta época avivan cualquiera narración. Además, con Ferry, ella opina que por ser mexicanas ya son pintorescas las cosas. (3) Ello no obstante, fuera de lo personalmente observado, una que otra anécdota, a veces de tiempos remotos como los de Revillagigedo, adornan el conjunto. Pensamientos que surgen al margen de lo vivido y que frecuentemente van por caminos muy alejados se hallan intercalados a manera de Montaigne, cristalizando una y otra vez en máximas.

"Life in Mexico" es un ejemplo típico de costumbrismo extranjero, y viene muy a propósito para su análisis una observación hecha en una de las últimas cartas, donde la marquesa se da cuenta de la discrepancia que existe entre la primera impresión y la de dos años más tarde. Las casas cerca de Jalapa parecían adustas, grandes y sin comodidad. La naturaleza sorprendió con sus flores eternas de perpetua primavera. En su camino de regreso a Veracruz, el paisaje ha perdido para la marquesa lo extraordinario y las casas ya no son sombrías. Los ojos se han acostumbrado a la naturaleza y la experiencia ha probado lo apropiado de aquellas habitaciones amplias. Los vestidos que en un principio parecían tan románticos ya no llevan la atención. (4) A la misma conclusión conduce, en la misma carta, el hecho insignificante de hallar excelentes los mismos platillos veracruzanos que en la venida disgustaron. Comenta la dama: "La cocina veracruzana que juzgué detestable dos años atrás, me parece ahora deliciosa. Qué pescado excelente! Qué frijoles incomparables! A la verdad que ésto no tiene importancia; mas, que necesario es para el viajero comparar sus opiniones formadas en períodos diferentes y corregirlas, trátase de cosas fútiles o importantes. Las primeras impresiones son de gran valor si son dadas como talés; pero cuán fácilmente pueden resultar erróneas cuando se las enuncia como juicios categóricos! Esto equivale a juzgar una persona por la fisonomía y los modales, sin haber tenido el tiempo suficiente para estudiar el genio". (5) La conclusión a que llega la marquesa corrobora nuestro criterio de que no puede haber un costumbrismo genuino escrito por un extranjero. Los extranjeros que escriben costumbrismo suelen hacerlo en tanto que las impresiones que describen les son nuevas. Mas éstas primeras impresiones cambian tanto al correr el tiempo, que a no darlos a la imprenta cuando son frescas aún falsas, nunca se publicarán. Cuando se aja el primer entusiasmo y el inmigrante ya radicado en el nuevo país empieza a substituir la simpatía, la aversión o el interés a la objetividad despreocupada de sus primeros tiempos de viajero recién llegado, entonces ve derrumbarse aquel edificio fantástico que su imaginación erigió en el encanto de lo novedoso y desconocido que le enseñó las cosas en una luz más bella o más fea pero siempre diferente de co-

mo las había de ver diez años más tarde, cuando habrá dejado de hacer comparaciones con otros países. El que todavía entonces escribe costumbrismo, ya no lo hará como aficionado ni como extranjero.

De como se da cuenta la marquesa del lastre que para un criterio independiente significan las amistades, lo atestigua su renuencia de criticar el segundo pronunciamiento con la misma franqueza que el primero. (6)

A semejanza de Ferry, la marquesa hace constantemente comparaciones con las cosas de Europa u otros países. La mirada árabe e impasible de un capitán del ejército; el aspecto europeo del paisaje entre Puebla y la capital; Teotihuacán, un "Père-la-Chaise" o una "Westminster Abbey" aztecas o toltecas; las iglesias de madera de New England que nunca llegarán a ser bellas ruinas como los templos coloniales de México; (7) el contraste que ofrece el culto sencillito en una iglesia católica de Escocia con la magnificencia de una procesión en México son tantos ejemplos de este aspecto típico del costumbrismo extranjero.

Con más optimismo acerca del porvenir de México que mostraba Ferry, la marquesa exclama: "It requires nothing but a settled government to make it one of the first countries in the world". (8) Reconoce que es la inexperiencia de la joven república que causa sus males y cita a este respecto la opinión de un político no nombrado. (9)

La omisión de nombres prueba la discreción de la dama inglesa aunque la lleva al extremo de nunca mencionar a su propio esposo sino como "C--n".

De acuerdo con su temperamento británico, la marquesa "understates", quiere decir, se expresa con lótopes, cuanto que Ferry es dado a la hipérbole. Su estilo de ella es vivo y sucinto, sin sensiblería romántica y con visos de un humorismo seco que aflora en descripciones como la de aquella cena jocosa cuyo colmo culinario consistió en una vieja y dura gallina "que debe haber cloqueado al través de muchas revoluciones". (10)

Si es verdad que los frecuentes préstamos que el estilo de la autora recibe del idioma francés salpimentan singularmente su lenguaje, no es menos cierto que esta costumbre no es castiza. Añádase a esto la plaga de erratas de la tercera edición, la de 1910, y se podrá imaginar la dificultad que puede ofrecer v.g. la palabra "forcat" con la c sin cedilla, insertada la voz francesa sin comillas en el texto inglés: "a party of forcats in chains". En el primer momento se pregunta el lector que clase de gato será tal "forcat" para ver luego que se trata de prisioneros de la Acordada que deben ese título extranjero a la flojeza o al snobismo de la simpática marquesa. Y hay por lo menos una treintena de esas mescolanzas lingüísticas que enriquecen la lengua materna de la dama con trozos franceses, italianos y españoles, todos sin comillas, como v.g. "houses that look like the beaux restes

of better days"; "their famiente descendants"; "the captain caused his horse to caracolear"; "Requesón and good honey" como grito callejero, y por el estilo.

Nunca monótonas, sus descripciones adolecen un tanto de la enumeración de los eventos sociales en que tomaron parte el ministro de España y su consorte, sucesos demasiado parecidos entre sí para ofrecer sino una crónica social de un interés limitado.

Aunque la pintura de la naturaleza puede parecer fría comparada con los paisajes apasionados y osiánicos de Gabriel Ferry, la descripción de una puesta de sol en Morelia que transcribimos en su totalidad (11), demuestra que la marquesa sabe elevarse más arriba de lo puramente descriptivo, para evocar tan bella sinfonía de colores y sonidos. Como pormenor curioso anotamos, que ella como el francés, ambos a dos tan excelentes observadores, se equivoca en la topografía de las grandes montañas; Ferry las coloca detrás de la Catedral; ella hace ponerse el sol tras los Volcanes.

Los nombres de Dante, Shakespeare, Bernardo de Balbuena, Si-güenza y Góngora, Swift, Humboldt, Scott, Coleridge, Byron y Dickens esparcidos al través de sus cartas, atestiguan sus lecturas. Con cierta frecuencia se remite a Humboldt que tenía setenta y un años en 1840.

Los conocimientos sobre la historia de la conquista sacaría, además de su amigo Prescott, de los cronistas de la conquista, suposición que puede inferirse de una observación de la marquesa al efecto de que los historiadores españoles que escribieron sobre la conquista mencionaron todos el conocimiento que los médicos mexicanos tenían de las hierbas. (12)

Sabe muchas cosas interesantes sobre México que no se encuentran en libros como v.gr. la historia de la fundación dificultosa de la primera fábrica de algodón de Puebla, La Constancia Mexicana, nombrada así por la perseverancia en vencer mil obstáculos, de su fundador Esteban Antuñano.

Hace comentarios sobre la industria minera, los procedimientos para la extracción de la plata que pudo observar en Real del Monte con sus amigos ingleses y en Angangeo con sus amigos alemanes al disfrutar de la hospitalidad de don Carlos Heimbürger.

Fija su atención en las pequeñas industrias como la de los jicareros de Uruapan o la de las monjas de Pátzcuaro que hacen revivir el arte antiguo de los famosos trabajos de plumas; se hace cargo de la incosteabilidad del cultivo de trigo a causa de los elevados gastos de transporte y las alcabalas; describe la plantación del maguey, supridor generoso de todas las necesidades. (13)

Si las exageraciones de Ferry nos sacan a veces una sonrisa de asombro a la cara, la marquesa con su flemma inquebrantable parece restar terror hasta a los pronunciamientos que en dos ocasiones llega-

ron a interrumpir su rutina diaria de montar a caballo, hacer visitas, mostrarse en el coche por la Alameda y el Paseo, comer en Tacubaya, asistir a veladas o a una comida diplomática en casa de algún ministro o el club inglés.

La marquesa describe el mecanismo de los pronunciamientos. Mientras que tropas leales, insurrectas o ambiguas maniobran en dos planos al través de la sufrida ciudad, abajo en las desiertas calles, arriba en las azoteas con sus protuberancias de campanarios, los senos jefes se hacen fuertes en el Palacio y la Ciudadela respectivamente, poniendo en grave peligro las casas cercanas y las que se hallan en la trayectoria de la metralla, bombardeándose a la vez con proclamaciones cuyo tenor imputa invariablemente al otro lado toda la responsabilidad de la sangre que corre, sangre de pacíficos ciudadanos en los más casos. (14) Morando por las calles de San Cosme, los Calderón se nallaron en lugar seguro durante el pronunciamiento de julio 1840 que duró catorce días, y la marquesa pudo observar a sus anchas el desenvolvimiento de los hechos y los demás síntomas de una de esas enfermedades políticas de la época. Despierta su atención la paciencia del pueblo que sólo toma una parte pasiva en la bola. (15) El papel de Santa Anna en esas revolucioncitas tiene semejanza con la actitud de una araña, que al sentir el trepidar de su red avanza cautelosamente hacia el centro. Así lo vemos moverse de su hacienda veracruzana hacia Perote al estallar los dos pronunciamientos que presencia la marquesa. Al final del primero, el inquieto general regresó a Manga de Clavo elogiando al general Bustamante que había sabido sostenerse. La revolución de 1841 produjo la dictadura de Santa Anna. La primera impresión que la autora recibió del ambicioso general no deja de ser interesante a la luz de los acontecimientos subsecuentes y no es de menor interés el pensamiento general que formula la avisada dama acerca de los hombres ambiciosos y dinámicos y sus intermedios de aparente inactividad.

Que el tiempo relativamente corto de su residencia en el país haya bastado a la marquesa para observar tantos pormenores y aspectos de la vida mexicana halla la explicación no sólo en la inteligencia nada común de la dama sino también en el hecho de que disponía de todo su tiempo para estudiar a sus anchas las costumbres de la joven república.

Conocía bien la técnica de los paseos de Bucareli o él de la Viga donde los coches de todas las categorías llevaban toda clase de paseadores ansiosos de mirar y de exhibirse, y donde los corcelcs de los apuestos jinetes parecían particularmente difíciles de manejar al pasar sus amos al lado del coche de alguna dama elegante. (16)

Asistiendo al juego y las tapadas de gallos de San Agustín de las Cuevas, la marquesa nota la decencia y el decoro del público que dan al vicio una apariencia de respetabilidad. A diferencia del cuchillo que en Ferry tiene al alcance de la mano el banquero del Monte,



aquí es una guitarra que éste rasguea al manejar la banca. (18) Dicho sea de pasada que las mándolinas de Ferry no se hallan en ninguna parte de las cartas de la inglesa.

Desde luego ha visto más de una corrida de toros. Opina que los toros y el pulque son de esas cosas que provocan una mueca, pero sólo la primera vez. (19) Herraderos y coleadas no faltan en su experiencia de observadora de costumbres viriles y los describe con lujo de pormenores admirando a la vez "that fine race of men, the Mexican rancheros" y su destreza notable de manejar el lazo.

Da un apunte arqueológico acerca de los temazcalli, de los cuales observa un ejemplar en Toluca. Estos baños de los indios están todavía en uso tal como lo eran en los tiempos precortesianos. (20)

Antes de emprender un viaje a las grutas de Cacahuamilpa, se cerciora de los reptiles e insectos venenosos de la tierra caliente y da a su corresponsal una lección de zoología. En los pueblos de indios los muchos perros despiertan su atención y la sacan de su "understatement" anglosajón al provocar la afirmación de que cada jacal cuenta con diez canes. (21)

Las numerosas observaciones tocante a las costumbres de viaje corroboran las indicaciones generales de Ferry si purgamos éstas de una u otra exageración fantástica. Son más completas las de la marquesa por la simple razón de que no viajó exclusivamente a caballo como Ferry, aunque lo hubiera preferido a los viajes en coche. (22) Aprendemos para comenzar las diferentes posibilidades de viajar de Veracruz a México: en diligencia se llega en cuatro días; en coche en no menos tiempo, y en litera de mulas el viaje durará nueve a diez días. El servicio de diligencia provee cama y asistencia en los puntos intermedios del camino, ventaja de que carecen los viajeros en coche o litera. (23) La diligencia en que hizo el viaje el ministro de España era de fabricación americana, arrastrada por diez mulas y guiada por un cochero americano. Coches importados de Inglaterra son también mencionados. (24) No es difícil imaginarse lo que tenían que aguantar los pasajeros de diligencia cuando nos figuramos uno de esos muebles pesados en lleno galope de Hutzilac cuesta abajo hacia Cuernavaca como lo refiere la marquesa. Con todo, leemos de un viaje de México a Toluca en cuyos preparativos la dama había olvidado traer un libro para el camino! (25)

"The suspicious looking landlord" del mesón de Perote nos recuerda la aseveración de Ferry al efecto de que los hoteleros estaban en connivencia con los bandidos. Los mesones mueven a críticas parecidas a las del francés: las habitaciones sin ventanas y completamente vacías. (26) Si bien el ministro y su esposa no sufrieron ataques en el camino real, ello no fué por falta de ganas por parte de los bandidos. Preferían éstos evitar el encuentro con la escolta oficial que estaba siempre a la disposición del diplomata y cuyos rifles asomaban a las ventanas de la diligencia. (27) Los caminos de Puebla, de

Puebla a Atlixco, de Cuernavaca, y los que pasaron por el Pedregal parecen haber estado infectados de ladrones, el último camino particularmente durante las fiestas de Tlalpam. (28) La cabeza cortada, clavada en un árbol, imagen de horror tan explotada por Ferry, la pudo contemplar la marquesa en Las Cruces, en el camino de Toluca. Pertenecía al bandido Maldonado. (29)

La criminalidad debe de haber sido uno de los problemas más graves de aquellos tiempos y la crítica que la señora de Calderón endereza a la justicia es tanto más significativa cuanto la marquesa no es dada a la exageración. Pone en boca de un oficial de la escolta que los bandidos son los únicos ciudadanos protegidos por el gobierno y cita a este respecto el caso de un juez que delante de un conocido de ella trató a varios bandidos con inexplicable familiaridad. Lo que Facundo exhibe novelescamente, la marquesa lo bosqueja con las escuetas líneas que anotamos por separado (30) y que se hacen cargo de aquel estado ambiguo del insurgente que se convierte en bandido o del bandolero que se mete insurgente.

No es sino natural que los vestidos y trajes de la época hayan contado con un árbitro competente en la dama. Sus descripciones son minuciosas y completan ante todo en los atavíos femeninos las observaciones de los demás costumbristas. Critica la costumbre de vestir con extravagancia a los niños (31). Ve pasar a las inditas con sus criaturas colgando atrás como si hicieran parte de la indumentaria. (32) Está maravillada de la gracia de la Poblana con su vestido precioso. Opina que el cochero con su traje pintoresco "would faire fureur" si se mostrara en las calles de Londres. Nota que las ancianas exhiben su cabello gris sin buscar de esconder los estragos de los años y señala a la vez que en México falta el epíteto oprobioso correspondiente al de "old maid" en inglés. Luego dedica unas líneas a los adornos. Los diamantes van solos o con perlas, siendo consideradas como baratijas las piedras de color como rubíes o esmeraldas. Halla que en lo referente a adornos se peca por carta de más en este país. (33) Otra crítica que erdigla a la mujer es la de calzar zapatos demasiado estrechos (34) aunque esta costumbre empieza a practicarse menos. Rebozos y sarapes considera como encubridores, aquellos del desorden, éstos de los largos cuchillos. (35) Los apuntes gastronómicos de la señora de Calderón acusan mayor voluntad de adaptarse a la comida mexicana que es dable descubrir en Ferry a quien su prejuicio de "gourmet" francés impide interesarse por las complejidades de los antojitos mexicanos que para él no salen del concepto anónimo de los "ragoûts". Ya hemos visto que la marquesa se acostumbró tanto a la comida del país que al abandonarlo halló delicioso lo que no quiso tocar a la llegada, y tiene gracia observar el "crescendo" de su entusiasmo por el pulque, el cual al conocerlo por primera vez se le antoja una bebida de Pluto hasta que finalmente llega a la conclusión de que es una excelente bebida que va a hacerle mucha falta. (36) La manufactura de las tortillas le merece una pormenorizada explica-

ción y cerca de Pátzcuaro llega a probar una variación de ellas que se llaman burros o también pecadoras. (37)

Desde la ventana suele escuchar los gritos de los vendedores callejeros (38) y aunque cita a pocos de ellos, se da cuenta de sus actividades y ha visto que algunos no venden, sino cambian v. gr. "Tejocotes por venas de chile". "Ducks, oh my soul, hot ducks" suena curioso como traducción de "hay pato, o mi alma".

Por su cuerpo casi desnudo y la pirámide blanca de grasa encima de la cabeza reconocemos al clásico tocinerero. El famoso aguador lo es solamente conocido por sus actividades honorarias en las procesiones. La Chiera no es mencionada expresamente pero es reconocible su florido establecimiento. Los léperos y pordioseros eran demasiado ubíquos para no ser vistos. En lo que toca a las Chinas Poblanas, la marquesa llega a convencerse que ellas son "more showy than respectable", juicio que adoptó gracias a los esfuerzos de varios ministros, primero, y luego a consecuencia de una carta del escritor José Arnáiz, los cuales entre todos ellos lograron disuadirla de su intención de vestir en un baile oficial un precioso traje de China Poblana. (39) Las quejas con respecto a las criadas no podrían ser peores y la causa del mal le parece estar en la ligereza con que se recomiendan a las malas criadas. (40) Cita la simpática costumbre según la cual la criada llama niña a la señora de la casa y nunca cambia este trato por más que la niña haya alcanzado ochenta años, o como se expresa Pantaleón Tovar en los "Mexicanos pintados por sí mismos": "cualquiera que sea la edad de que éstas adolezcan".

Poco después de haber hallado las criadas necesarias, el mozo de una dama conocida trae saludos de su ama, informando a la señora de Calderón que "tiene otra criada a su disposición", en cuya contestación la marquesa por poco contesta gracias y que ya no la necesita, recordando afortunadamente que lo que acabó de escuchar fué la fórmula cortés del anuncio del nacimiento de una niña, percatándose a tiempo que iba a cometer una grosería.

Versada en achaque de visitas, la inglesa se sorprende de la duración descomunal que éstas tienen en México, donde raras veces ocupan menos de una hora y a veces gran parte del día. "These should not be called visits but visitations" exclama la señora con cómica indignación. Compara las repetidas y calurosas fórmulas de cortesía que acompañan principio y fin de una visita mexicana con la manera fría e indiferente a que estaba acostumbrada en su país. (41) Hace hincapié en el uso del tratamiento de "señorita" también para señoras casadas y no a que después de una o dos visitas ya se la llaman por su nombre de pila, usanza que le cae bien entre mujeres, mas que le parece menos adecuada entre una señora casada y un joven. En más de una ocasión ensalza la cortesía y auténtica hospitalidad mexicanas.

Lo que escribe sobre la mujer mexicana, crítica de mujer a mujer, no está siempre de acuerdo con lo que dice de ella Gabriel Ferry. Si

bien habla de la cordialidad agraciada de las mexicanas que "forma tan agradable contraste con la frigididad aparente inglesa y americana", (42) ("outward coldness covering inward warmth" describe la autora en otro lugar el genio inglés), la marquesa no dice nada de la fofosidad tropical, de la cual Ferry reviste a la mujer de México. Sostiene al contrario la señora de Calderón que las pasiones de sus hermanas mexicanas rara vez son tempestuosas. (43) Al decir de la marquesa, aquí la mujer no es solamente sentimental sino sensible. (44) Alaba su tacto insuperable y su serenidad. (45) Coqueteos en público son desconocidos (46) y no existe siquiera una palabra que pueda traducir la voz inglesa de "flirtation". (47) Las mexicanas son leales entre sí, no chismosas, y no hay mujeres más afectuosas en su trato que las de México. (48) Para los ingleses que se casan con mexicanas, éstas hacen invariablemente buenas esposas, pero es muy raro que la mujer mexicana pueda vivir fuera de su país y menos en Inglaterra, según opina la inglesa. Juzga que los matrimonios entre mexicanos deben de hacerse en el cielo ya que los jóvenes casi no tienen oportunidad de tratarse y si se ven en sociedad, los jóvenes manifiestan a la vez que afecto a las señoritas mucho temor de ellas. (49) Una cualidad moral que elogia con énfasis en la mujer mexicana es la caridad. (50) Talento para el dibujo y la música observa ya en los niños. (51) Conocedora de la música, toda vez que toca el arpa, la marquesa sabe apreciar esta cualidad en el genio mexicano. Al decir de ella la música es el sexto sentido en México donde "el gusto para la música es seguramente universal, la facilidad admirable, la ciencia casi cero". (52)

El amor filial y la estrecha unión de la familia mexicana le parecen excepcionales. (53)

Excita la atención de la dama el tacto y la tranquilidad decorosa con que se mezclan las más diversas capas de la sociedad.

La calma con que el mexicano sabe ganar y perder en el juego sólo le parece aparente como una máscara o tal vez como consecuencia de la larga costumbre del juego en el cual campea siempre la más estricta honradez. (54)

En el campo es donde con más ventaja se muestra el verdadero genio mexicano, libre de mezquinos intereses de partido y de la vida estrecha de la capital.

Un juicio sobre los indios salvajes se forma la marquesa escuchando la narración de un coronel que combatió contra los comanches. Como en Ferry, los indios mansos no ganan en la comparación. (55) También parecido al francés, el mestizaje entre español e india no le es muy familiar. En nuestro entender el mestizaje no se había todavía arrogado su justo título de raza mexicana, ya sea porque la independencia era demasiado reciente, ya sea porque la mezcla de razas todavía no se echó de ver como hoy día, más de cien años después.

Su sentido de belleza formal retiene a la marquesa delante de los espectáculos arquitectónicos de la ciudad capital. Lo sólido y lo

magnífico de los edificios y la ausencia de adornos mezquinos hacen de México una de las ciudades del mundo de aspecto más noble, (56) y critica como un defecto de esta belleza la presencia del Parián en la plaza principal. (57)

La manera de construir amplísimas casas sin amueblarlas adecuadamente no halaga mucho su sentido inglés de comodidad y no llega a sentirse "homely" en el sentido británico de esta palabra inglesa, antes se siente invadida de soledad.

Casi cada costumbrista tiene un sector preferido de observación que forma el tema favorito de sus escritos. La marquesa visitó los más de los templos de la capital y los lugares que llegó a conocer fuera de ella. Pudo entrar en varios conventos de religiosas; vió asilos de ancianos, hospitales y la famosa cárcel de la Acordada. Sus observaciones sobre las usanzas y ritos religiosos en las festividades y ceremonias eclesiásticas son muy completas y traen a la memoria los amplios apuntes de García Cubas: descripciones conmovedoras de la toma del velo y reflexiones melancólicas a que dan lugar; la consagración del arzobispo; las posadas; las fiestas de la Pascua del Espíritu Santo en San Agustín de las Cuevas; las representaciones pantomímicas de la pasión en Coyoacán. Luego la cariñosa narración de la vida dura de las monjas de Santa Teresa la Antigua que hacen pensar en Sor Juana.

Si no le escapan a la marquesa las libertades que se toman algunos monjes, su juicio tocante a las instituciones monásticas está en pugna con el criterio un sí es no es despectivo de Ferry. Que la inglesa con todo y su firme catolicismo no pasó con anteojeas por las calles de México, prueba la exclamación que le arranca una anécdota sobre Revillagigedo, en que el célebre virrey expulsa a unos monjes desordenados. (58) En cambio hace la apología de los monjes misionarios de San Fernando, menciona a Eusebio Kuhn, descubridor de la península de California y volviendo la mirada hacia los primeros tiempos de la conquista, piensa en el fundador del inmenso convento de San Francisco, erigido en 1531 por el benemérito padre de los indios, hijo natural del emperador Carlos Quinto, Fray Pedro de Gante.

## N O T A S

(Las páginas indicadas se refieren a "Life in Mexico" Third Edition, Mexico 1910 The Aztec, Gante 8, Mexico, D. F.).

- 1 Preface by William H. Prescott, Boston, December 20, 1842.
- 2 It consists of letters written to the members of her own family, and, REALLY, not intended originally, —however incredible the assertion,— for publication. (ibídem)
- 3 página 24
- 4 362/3
- 5 365/6
- 6 290
- 7 245
- 8 305
- 9 "Revolution", says Señor de . . . , "has followed revolution since the Independence; no stable government has yet been established. Had it been so, Mexico would have offered to our eyes a phenomenon unknown until now in the world— that of a people, without previous preparation, passing at once to govern themselves by democratic institutions." (p. 178)
- 10 página 333
- 11 Morelia is celebrated for the purity of its atmosphere and the exceeding beauty of its sky; and this evening upheld its reputation. Toward sunset, the whole western horizon was covered with myriads of little lilac and gold clouds, floating in every fantastic form over the bright blue of the heavens. The lilac deepened into purple, and blushed into rose color, brightened into crimson. The blue of the sky assumed the green tint peculiar to an Italian sunset. The sun himself appeared a globe of living flame. Gradually he sank in a blaze of gold and crimson, while the horizon remained lighted as by the flame from a volcano. Then this brilliant retinue of clouds, after blazing for a while in borrowed splendor, melted gradually into every rainbow hue and tinge; from deep crimson

to rose-color and pink and pale violet and faint blue, floating in silvery vapor, until they all blended into one soft gray tinge, which swept over the whole western sky. But then the moon rose in cloudless serenity, and at length we heard, faintly, then more distinctly, and then in all its deep and sonorous harmony, the tolling of the cathedral bell, which announced our vicinity to a great city. (p. 331)

12 The Spanish historians who have written upon the conquest of Mexico, all mention the knowledge which the Mexican physicians had of herbs. (p. 109)

13 página 62

14 287

15 166

16 77

17 139

264

18 263

19 106

20 303

21 348

22 363

23 19

24 35

25 320

26 329

353

27 233

28 203

224

264

29 „ 321

30 This pestilence of robbers, which infests the republic, has never been eradicated. They are in fact the growth of civil war. Sometimes in the guise of insurgents, taking an active part in the independence, they have independently laid waste the country, and robbed all whom they met. As expellers of the Spaniards, these armed bands infested the roads between Veracruz and the capital, ruined all commerce, and without any particular inquiry into political opinions, robbed and murdered in all directions. (p. 235)

31 página 89

32 „ 89

33 118

34 54, 65

	página
35	124
36	29, 102, 259
37	333
38	43
39	51
40	122
41	62
42	66
43	151
44	151
45	150
46	151
47	108
48	151/2
49	108
50	148
51	150
52	73
53	132
54	263
55	323
56	73
57	89
58	281



## JOSE ZORRILLA

Hacemos lugar en este trabajo al insigne poeta no como tal sino en su cualidad harto accidental de narrador de las costumbres mexicanas dentro del marco de los "Recuerdos del tiempo viejo"; y al español, junto al francés Gabriel Ferry y la inglesa, la marquesa Calderón de la Barca.

No es más que natural que el español peninsular ha de hallar un eco de su ser en las vibraciones del alma mexicana. Por consiguiente callará las costumbres comunes a México y a la madre patria. La diferencia entre su manera de ver México y la de los costumbristas vernáculos es parecida a la que existe entre el visitante de un templo y el sacristán, el cual, según dice Zorrilla, pierde el respeto a los santos.

Lo que el autor del Don Juan escribió sobre las costumbres de México no lo buscó intencionalmente. Lo recogió de una manera casual. Estuvo en el país de 1855 a 1866, tiempo que le pareció perdido: "había desperdiciado sin conciencia mi tiempo en aquellos once años y medio, cinco de los cuales pasé sin libros, tintero, papel ni plumas, cazando ardillas y tostándome al sol".(1) El poeta habla de la vida huraña que llevaba, sus costumbres poco sociales, su afición a la soledad y el campo, y menciona que dejó pocos amigos en México, los cuales, a la verdad, fueron casi todos extranjeros.

Dejamos a un lado los recuerdos que ligaron a Zorrilla con Maximiliano ya que éstos pertenecen a una época posterior a la que examinamos. En cambio nos parece interesante anotar la crítica que el poeta endereza contra los franceses, cuya falta de realismo en la observación de las costumbres de los países extranjeros sería responsable del fracaso del infeliz emperador, falta aquella, que el poeta presenta como defecto inherente al costumbrismo francés y cuya crítica incluye "ipso facto" la obra del francés Gabriel Ferry. Dice Zorrilla: "...dos elementos que neutralizaron todas las probabilidades de éxito. (de Maximiliano) Los franceses, que suelen generalmente no estudiar la lengua, ni la historia, ni las costumbres de los países adonde van, creían que la mayor parte de los mexicanos tocaban aún su cabeza con plumas, cubrían su cintura con tapa-rabo y se armaban con arco y flechas...; y a los que crean exagerada esta opinión mía, les diré que todavía se creen en Francia que las señoras españolas llevan la navaja en la liga, y que los hombres vestimos de toreros...; una estampa de España no pasa por española si el paisaje no está

animado por una procesión de frailes... y una pareja de bailarines ejecutando un bolero... El pueblo francés seguirá aún muchos años viéndonos a través de este prisma a pesar de los ferrocarriles y de la prensa; y si tal cree de nosotros, a quienes tan vecinos tiene: ¿cómo juzgará a los pueblos entre quienes y él extiende Dios la inmensidad de los mares, y levantan sus escritores las inauditas patrañas de sus libros?"(2) Un cotejo cronológico permite interpretar la última frase como una crítica directa contra Ferry, cuyos libros "Costal l'Indien", (1852) "Le Coureur des Bois" (1853) y "Scènes de la vie mexicaine", (1854) aparecieron antes de que Zorrilla partió para México (1855), y no sería nada inverosímil que el español se hubiese informado en libros franceses sobre el lejano país, máxime cuanto que se hallaba en Francia desde 1850.

Gustave Aimard juzga así: "Dame, en France, on nous fait des récits effrayants des pays d'outre-mer... J'avais la tête farcie d'histoires à faire dresser les cheveux..." (2a.).

En el caserón de una hacienda cerca de San Angel, llamada "Eúskaro de Goicochea" (casa de arriba), vive el poeta en un cuarto cuadrado de la parte alta de una especie de torrecilla en deliciosa soledad imbuído en el encanto de la naturaleza benévola y amiga, "mientras en torno de él se cuajaba la tormenta que había de traer a aquel país de flores, música, poesía y luz primero la embajada de Pacheco..., después la intervención francesa, que fué una imperdonable locura, y por fin el Imperio, que fué una sangrienta catástrofe". (3)

Describe con deleite ora las mañanas rutilantes de la temporada de lluvias en las llanuras de Apam, ora la vista de México desde Chapultepec, panorama que se le antoja como un "fragante y gigantesco canastillo de flores, puesto al pie de los nevados picos de la Sierra Madre, que le devuelve por el aroma fresco de sus jardines de Iztapalapa, el cedríneo perfume de sus alorces cimbradores y de sus retorcidos enebros". (4)

Zorrilla observa las costumbres de rancho, discurriendo sobre la organización de las haciendas y la situación de los indios en ellas ocupados. De éstos se expresa con poco cariño: "La raza del indio mexicano es la más tacaña y apegada al dinero que yo he conocido. . . Un indio trota dos horas y tres leguas cargado como su asno con una enorme saca de carbón; y cuando lo vende en el mercado tantea cincuenta veces cada peseta, contra las piedras las suena, la muerde y ruega todo el mundo que le diga si es buena... tiene sus ideas religiosas... oculta su dinero... porque cree que su dinero sigue a su alma y le sirve para pagar a San Pedro su entrada en el paraíso. (5)

También en una hacienda observa aquella costumbre de exquisita cortesía de pagar con flores que contienen disimuladas sendas onzas de oro. Un Superior de los Agustinos celebra la misa en una ca-

sa opulenta. "Al fin de la misa un ujier le ofreció en una bandeja de plata un ramo de flores; pero no pudo llevárselo al olfato, porque las treinta rosas de que el ramo se componía contenían treinta onzas de oro que pesaban más que olían". (6)

Acerca de viajes en 1855 aprendemos que de Veracruz a la capital se llega en cuatro días. Los caminos son malos: "aquellos caminos de Dios o mejor dicho del diablo; porque en ellos lleva uno siempre la vida en un tris, con los baches, los barrancos, los pantanos, los derrumbaderos y los mañosos, que son, hablando claro, los ladrones a quienes en México no se llama nunca tales, sino los mañosos, los niños, los traviosos, etc., tratándoseles con cierto mimo, como a gente de casa". (7) El poeta se queja de la incomodidad de viajar en diligencia: "la carretera no lo era más que el nombre; el movimiento del vehículo insoportable, y se necesitaba de una perpetua atención para guardar el equilibrio y no desnarigarse con su vecino". (8) De los viajes a caballo escribe: "llegamos a Chalma como llegábamos a todas partes, como los nublados, en medio de un torbellino de polvo y de ruido, levantados por los veinte ginetes". (9)

Otras observaciones son de índole comercial: "el Dr. Sánchez se había metido en un negocio estrañísimo a su profesión: el abastecimiento de pescado de mar del mercado de México, en el cual jamás se había presentado semejante artículo". (10) Un amigo de Zorrilla, Cagigas, tenía el plan de dar al comercio de México cuatro correos al mes, en lugar del único mensual de la compañía inglesa. Menciona otros progresos como la instalación del telégrafo y la construcción del gasómetro, y el franqueo previo de la correspondencia con los sellos de correo. A ciertos vendedores ambulantes dedica esta observación crítica: "...los de medallas y religiosas baratijas, más o menos ortodoxas, más o menos prohibidas por los santos Concilios, y más o menos ostensiblemente patrocinados por la superstición y la logrería". En escuetas sentencias encierra juicios sobre México y los mexicanos. "La hospitalidad mejicana no tiene límites; (12) México, donde la gente es lista y de sentido práctico; donde nacen pocos tontos; donde se habla el español de una manera deliciosa y extraña; México sería un paraíso "si no estuviera poblado por nuestra raza, inquieta y torpemente germinadora de guerras. (13) Ensalza la valentía mexicana diciendo: "han sobrado siempre coroneles, capitanes y guerrilleros que con pocos hombres se hayan arriesgado a acometer y hayan llevado a cabo grandes hazañas, atrevidísimas empresas, é increíbles y casi maravillosas locuras". (14) En ningún país es tan cierto el refrán de que "hablando se entiende la gente". (15)

Como Ferry, Zorrilla visitó la famosa feria de San Juan de los Lagos, donde nota que "las transacciones se hacen con una casi incomprendible buena fe" (16) y que el juego está autorizado como costumbre establecida y diversión nacional.

Por lo que respecta a la mujer mexicana, habla del "lujo excesivo general de las señoras en aquella tierra". (17)

El campo más que la ciudad dejó reminiscencias de índole mexicana en el poeta. Pinta al charro con unas pocas pinceladas magistrales: "el hijo tenía su buen caballo, con silla y cabezada chapeados de plata fina, freno y estribos de primoroso ataugiado zacatecano; sombrero atoquillado de oro y calzoneras abotonadas con cientos de moneditas nuevas de a medio". Y sin embargo, le falta a esta descripción la reciedad mexicana con la cual Luis G. Inclán hubiera pintado, con brochazos más toscos pero más vigorosos, la imagen del charro mexicano.

Observaciones como las siguientes no podrían haber salido de la pluma de un costumbrista mexicano. Habla de un resto de ojeriza contra los españoles quedada como por inercia en la conciencia de los mexicanos desde las luchas por la independencia. "Duraba aún no la inquina contra los españoles, sino la monomanía nacional de creerse aún obligado a tener odio a los gachupines, reducida entre la gente de razón al antagonismo vulgar y sin consecuencias". (19) Ccmenta el mismo fenómeno, dándole el nombre de costumbre nacional cuando dice: "el odio de México a los españoles es una pura broma, que en 1860 quedaba aún como manía y costumbre nacional" (20) y entiende que "el país es naturalmente quisquilloso de su independencia, a la cual no ha tenido aún el tiempo suficiente de acostumbrarse".

Zorrilla es más optimista en lo que toca al porvenir del país que no lo era Ferry que en 1847 escribió de "cette étrange république, déjà caduque après vingt-cinq ans seulement d'existence". (21) Profetiza el autor del Juan Tenorio:

"Méjico tengo yo para mí está destinado a ser el primero de los pueblos hispano-americanos". (22)

Como vimos al principio de este capítulo, Zorrilla, buscando la causa psicológica del fracaso de Maximiliano en México, achaca a los franceses el tener una idea poco real de los países extranjeros. Opinamos que esta cualidad no es menos humana que francesa. ¿Cómo solemos representarnos un lejano continente? La primera idea no reflexionada de un continente lejano insinúa la imagen del mapa. Si pensamos África nos figuramos involuntariamente su dibujo geográfico. Tanto es así, que explotando esta idiosincracia, se pintan mapas-paisaje para los turistas y Disney nos presenta de la misma manera nuestro continente en una de sus películas. A pesar de todo costumbrismo pictórico y literario, la representación que nos hacemos de un país en que no hemos estado es falsa. Todavía no tenemos el cinema naturalista que además de hacernos ver y oír nos alcanza también por los otros sentidos. La idea de un país desconocido se confunde fácilmente con la de todos los países desconocidos. La distancia que nos separa de un lejano continente parece acercar sus países al grado que la salida de Fulano para México es capaz de provocar en Zutano el recuerdo y la exclamación espontánea que él también tiene una tía en el Brasil.

Sería rebuscado si tratáramos de demostrar que el costumbrismo mexicano de Zorrilla no es genuino y nuestra hipótesis, de que un extranjero no puede llegar a la esencia de las costumbres de otro país ya no sería sostenible si la cualidad de extranjero en un español no fuera puramente teórica en nuestro país. Para los mexicanos el español no es extranjero. Es español.

## N O T A S

- |     |  |        |
|-----|--|--------|
| 1   | José Zorrilla "Recuerdos del tiempo viejo"   |        |
| 2   | ibídem tomo II, 335  |        |
| 2a. | Gustave Aimard "Les nuits mexicaines" pág. 49.   |        |
| 3   | José Zorrilla "Recuerdos del tiempo viejo", tomo II,   | 314    |
| 4   | ibídem   | " 345  |
| 5   | "  | 217    |
| 6   | "  | 233    |
| 7   | "  | 212    |
| 8   | "  | 230    |
| 9   | "  | 212    |
| 10  | "  | 301    |
| 12  | "  | 212    |
| 13  | "  | 337    |
| 14  | "  | 236    |
| 15  | "  | 183    |
| 16  | "  | 202    |
| 17  | "  | 209    |
| 19  | "  | II 303 |
| 20  | "  | II 304 |
| 21  | Revue des deux mondes 1847-3-p. 70 Gabriel Ferry Scènes de la vie mexicaine, "Perico el zaragate". |        |
| 22  | José Zorrilla "Recuerdos del tiempo viejo" II p. 304.  |        |

## ALEJANDRO DE HUMBOLDT

El costumbrismo no forma parte esencial de las obras de viaje del insigne naturalista. Surge, cuando las especulaciones científicas se rozan con el elemento humano. Así es que en sus escritos sobre la Nueva España damos sólo con aquellas costumbres que atañen a los dominios que preocupan y ocupan al hombre de ciencia, que les da apenas lugar entre el increíble acervo de datos con sus valoraciones teóricas y prácticas que pudo compilar y condensar en el corto espacio de un año que duró su estancia en México. Llegamos a saber, v. gr., algo de la vida de los tenateros a lo largo de sus amplísimos estudios sobre la minería; o de las costumbres del lépero, cuando las averiguaciones económico-sociales lo llevan a la comparación entre el pueblo humilde de Lima y la clase baja de nuestra capital.

Humboldt vino a México en 1803. Tenía entonces 34 años de edad. Cuatro años antes había comenzado, en compañía del botánico francés Bonpland, su viaje americano, que había de terminar en 1804. Antes de llegar a Acapulco, viajando por tierra desde Trujillo, los dos amigos habían visto Cuba, Venezuela, la región del Orinoco, Cartagena, la meseta de Bogotá y el Perú.

Su "Ensayo político sobre el reino de la Nueva España", extensa obra que encierra las observaciones de toda índole llevadas a cabo en este país, debía de ser de gran provecho práctico para la vida económica de México, particularmente en el ramo de la minería en que Humboldt era experto gracias a los estudios académicos en la Academia de Minas de Freiburg y la práctica como jefe del departamento de minas de aquel distrito.

Humboldt calcula el número de los mineros en México en 1/266 parte de toda la población, lo que en su época equivalía a treinta mil almas aproximadamente. Se dividen en "barrenadores" que abren las rocas por medio de la pólvora y no pueden aguantar esa ocupación insalubre por más que unos cinco años; y en "taeneros", "tenateros" y "barreteros". Lo que cuenta de los "tenateros" es un testimonio sorprendente de la resistencia física de esos trabajadores. Refiere el barón: "Es digno de observación, como los mestizos y los indios empleados en llevar el mineral a hombros, y a los cuales se les dá el nombre de "tenateros", permanecen cargados durante seis horas con un peso de 225 a 350 libras, en una temperatura muy alta y subiendo ocho o diez veces seguidas sin descansar, escaleras de 1.800 escalones, (1). En otro lugar Humboldt repite: "No se cansa uno de admirar la fuerza

muscular de los "tenateros" indios y mestizos de Guanajuato, especialmente cuando se encuentra fatigadísimo al salir de la mayor profundidad de la mina la Valenciana, sin estar cargado de peso ninguno" (2.); y luego menciona una costumbre bastante curiosa de los "tenateros": "Para subir las escaleras echan el cuerpo hacia adelante y se apoyan en un palo que sólo tiene tres decímetros de largo; caminan haciendo escos, porque dicen que la experiencia les ha enseñado, que padece menos su respiración cuando cortan oblicuamente la corriente de aire que entra de afuera por los tiros" (3). Realza la libertad del minero mexicano, muy encontrada como más tarde veremos, con la posición oprimida del trabajador textil: "En el reino de la Nueva España a lo menos de treinta a cuarenta años a esta parte el trabajo de las minas es un trabajo libre... En ninguna parte goza el común del pueblo más perfectamente del fruto de sus fatigas que en las minas de México; no hay ninguno que fuerce el indio a escoger este género de trabajo o a preferir el beneficio de una mina al de otra: si el indio está descontento del dueño de una mina, se despide de él... Estos hechos, tan ciertos como consoladores, son poco conocidos en Europa". (4) Como hemos visto en otro capítulo de este trabajo, Gabriel Ferry también hace hincapié en la posición privilegiada del minero.

La vida del minero francés Laborde, tan llena de mudanzas y altibajos no pudo sino capturar el vivo interés del minero Humboldt. Narra la vida del francés que llegó pobrísimo a México; hizo fortuna al grado de hacer construir y dotar la bellísima catedral de Taxco; vino a menos hasta volver a la indigencia; recibió el permiso del arzobispo de vender la custodia de oro y diamantes que había regalado para el tabernáculo del magno templo; llegó a rehacerse con mil trabajos dejando a su muerte más de medio millón de duros; y para que pasasen íntegros a su único hijo, había forzado a su hija a meterse monja. Sucedió que el hijo abrazó voluntariamente la carrera eclesiástica. Esta última circunstancia da lugar a una observación costumbrista de Humboldt: "En Méjico y en todas las demás colonias españolas, raras veces siguen los hijos el estado de sus padres; no se encuentran ahí, como en Suecia, en Inglaterra y en Escocia, familias en que se haya hecho hereditario el oficio de minero". (5)

En la industria textil, con la cual se muestra más familiarizado que no es de esperarse en un minero, Humboldt señala dos costumbres que deben de llenar de asombro a los tintoreros de hoy. Uno de ellos se refiere a la manera tradicional de los indígenas en el puerto de Tehuantepec de teñir de púrpura el algodón en rama: "estregándole con la capa, o cubierta de cierto múrex (múrice, molusco marino) (6) que se encuentra pegado a rocas graníticas. Según una antigua costumbre, lavan el algodón, para avivir el color, en agua del mar, que en aquellos parages es muy rico de muriato de sosa, o sal común". (7) El otro caso que también, aunque indirectamente, tiene que ver con la industria textil, ya que la lana solía teñirse con la cochinilla en aquel tiempo, toca la cría de este insecto y la costumbre de "hacer viajar



la cochinilla". Cuenta el naturalista que los indios que viven en las inmediaciones de la ciudad de Oaxaca, meten las cochinillas madres a tongadas dentro de canastas, y las llevan rápidamente a la sierra de Istepeji, nueve leguas de Oaxaca. Al abrir las canastas, las cochinillas han procreado. Las dejan en la sierra hasta octubre cuando ya pasaron las lluvias en las regiones más bajas. Y dice Humboldt: "De esta manera el megicano hace viajar insectos para substraerlos de los perniciosos efectos de la humedad, bien así como el español hace viajar los merinos para precaverlos del frío". (8)

En Querétaro observa el mal trato que se da al obrero textil y consigna la costumbre de la justicia de distribuir galeotes en las fábricas para hacerlos trabajar a jornal. (9) Además señala la costumbre de los fabricantes de convertir a los obreros en deudores eternos por medio de un sistema parecido al de las funestas tiendas de raya en el campo.

Por doquiera se nota el profundo interés del aristócrata prusiano por el bienestar del pueblo humilde. Celebra que el minero goza del fruto de sus fatigas. Deplora la opresión del trabajador textil. Se entera con satisfacción que hay pocos esclavos en México y que las leyes protegen al esclavo, citando un caso que ha visto en que dos negras recibieron la libertad por el alcalde en desagravio de los malos tratos que su ama solía darles; (10) y hace mención de que el dueño no podía negarse a vender la libertad a su esclavo cuando éste había reunido el dinero necesario para comprársela. El rescate valía de trescientos á cuatrocientos pesos.

Haciéndose cargo de que la desigualdad de fortunas es mayor en México que en el Perú, Humboldt llega a hablar del pelado como tipo mexicano particularmente capitalino. Dice: "En México hormigean de 20 - 30.000 saragates guachinangos, cuya mayor parte pasan la noche a la inclemencia, y por el día se tienden al sol, desnudos y envueltos en una manta de tranela. Estas heces del pueblo, compuestas de indios y mestizos, presentan mucha analogía con los lazaronos de Nápoles. Aunque perezosos, abandonados, no tienen nada de feroz en su índole"; (para Ferry el lépero es "a priori" un criminal) "nunca piden limosna; si trabajan un día o dos por la semana, ganan lo que han menester para comprar el pulque, o algún pato de los que cubren las lagunas megicanas... El caudal del saragate rara vez pasa de dos o tres reales...". (11)

Cierta postura tiránica e intransigente de los magistrados indios que describe Ferry y también la marquesa Calderón de la Barca, la explica Humboldt psicológicamente cuando dice: "no pudiendo el indio vengarse de los españoles sino muy rara vez, se complace en hacer causa común con éstos para oprimir a sus propios conciudadanos: vejado desde muchos siglos, forzado a una obediencia ciega, desea a su turno tiranizar a otros. Los pueblos indios están gobernados por magistrados de la raza bronceada; y el alcalde indio ejerce su poder con

una dureza tanto mayor, cuando está seguro de ser sostenido por el cura, o por el subdelegado español" y concluye diciendo el alemán: "La opresión produce en todas partes unos mismos efectos; en todas corrumpe la moral". (12)

En Veracruz se cerciora de que la cosiumbre de la leva, ya sea para el ejército y la marina, es responsable que no aumenta la población ya que los labradores huyen del estado. Nota que en Veracruz se paga cada jornal a un peso fuerte en cuanto que "todo hombre que ejerce un arte particular gana tres a cuatro pesos al día, es a decir, dos o tres veces más que en el llano central". (13)

Aprendemos que la Acordada alberga más de 1200 presos, entre ellos un gran número de contrabandistas, y los infelices prisioneros indios mecos que son traídos a Méjico desde las provincias internas". De los indios bravos, cuyo carácter trashumante no le permite sino observaciones fortuitas como la que acabamos de mencionar, pero cuyos idiomas no deben de haberle sido del todo desconocidos ya que habla del mecanismo de algunas lenguas que prueban una antigua civilización, Humboldt señala a los "Mecos, los Apaches, los Lipanos, reunidos de pueblos cazadores que infestan con sus correrías a veces nocturnas las fronteras de la Nueva Vizcaya, de la Sonora y del Nuevo Méjico". Observó, que, de suyo melancólicos y taciturnos, "hablan horas enteras cuando un gran interés los mueve a romper su silencio habitual". (14)

Si hay más de una idea que puede valuararse como estímulo en el camino hacia la reivindicación social de las clases oprimidas, otras aportaciones de índole económico-política afluyen a la corriente de ideas que prepararon la independencia. Una observación tiene que ver con el pulque: "El deseo de aumentar las rentas de la corona, hizo en estos últimos años sobrecargar los derechos de fabricación del pulque, de un modo vexatorio como inconsiderado"; (15) otra atañe a la industria vinícola: "Durante mi permanencia en Méjico, el virrey recibió una orden de la corte que mandaba arrancar las cepas de las viñas en las provincias septentrionales del reino de Méjico, porque el comercio de Cádiz se quejaba de disminución en el consumo de vinos de España" y añade: "Por fortuna, ésta orden no se ejecutó, como muchas que dan los ministros", (16) lo que de parte del berlinés parece una sutil insinuación a expensas del Príncipe de la Paz.

Con relación al pulque Humboldt habla del vicio de la embriaguez que halla más común en los habitantes del valle de Méjico y las inmediaciones de Puebla y Tlaxcala, en donde se cultiva más el maguey, y apunta esta costumbre capitalina: "En la capital de Méjico la policía cuida de enviar carros, para recoger como si fuesen cadáveres los borrachos que se encuentran tendidos en las calles; los llevan al cuerpo de la guardia principal; y al día siguiente se les pone una argolla al pie y se les destina a trabajar tres días en la limpieza de las calles. Soltándolos al cuarto día es seguro el volver a coger muchos dentro de la misma semana". (17)

Sus estudios profundos y extensos que dedica a los lagos del valle de México le enseñan de paso que los habitantes de Texcoco hacen escasos negocios en los meses de enero y febrero porque el lago se seca y no permite el tráfico con canoas, en cuanto "no hay inconveniente en el lago de Jochimilco; porque desde Chalco, Mesquic, (Mixcuic) y Tláhuac, no se interrumpe nunca la navegación, y van diariamente a Méguico sus legumbres, frutas y flores por el canal de Iztapalapan". (18) Y no le escapó al naturalista el famoso axolotl del lago de Texcoco "del cual M. Bonpland y yo hemos traído individuos bien conservados". (19)

Tocante a las chinampas Humboldt es más exacto en su descripción que otros escritores: "Los hay de dos suertes; los unos son móviles, que el viento los lleva de un lado a otro, los otros son fijos y pegados a las márgenes. Sólo los primeros merecen el nombre de jardines flotantes; pero su número se disminuye de día en día"; (20) y como no se contenta nunca con la observación del hecho fenoménico, también busca aquí los orígenes y refiere la historia de la ingeniosa invención de las chinampas "que parece venir desde fines del siglo XIV".

Era natural que le hubiera gustado ver también el lugar donde se vendían tantas flores y verduras que vió pasar en las minúsculas canoas. Nos comunica sus observaciones hechas en el mercado: "el mercader indio parece que está sentado en una trinchera de yerba: una especie de vallado de un metro de alto y formado de yerbas frescas circunvala, a la manera de un muro semicircular, los frutos que se ofrecen al público. El europeo que gusta estudiar los hábitos de la gente común, debe admirarse también del esmero y de la elegancia con que aquellos naturales colocan las frutas que venden, en jaulitas hechas de madera muy ligera: las zapotillas, el mamey, las peras y las uvas llenan la capacidad y el remate está adornado con olorosas flores". (21) También aquí busca las raíces étnicas de los fenómenos exteriores y se pregunta: "Este arte de entretejer las flores y los frutos ¿viene acaso de aquella época feliz, muy anterior a la introducción de ritos inhumanos, en la cual los primeros habitantes de Anáhuac, a la manera de los peruanos, ofrecían al grande espíritu Teotl las primicias de sus cosechas?" (22)

En su examen de las vías de comunicación no hallamos nada sobre asaltos en los caminos. Y era natural. Faltando todavía la luz no pudo haber sombra. El bandidaje nació al margen de la independencia.

Incluida en las observaciones sobre el camino entre Acapulco y la capital, tan importante para el comercio con las Filipinas, hallamos descrita la manera rudimentaria de cruzar los ríos. Hablando del río de Mescala el viajero cuenta: "Ya lo he pasado sobre una jangada o balsa hecha, según el antiguo uso megicano, con calabazas silvestres secas y cañas atadas encima: dos indios dirigen la jangada, sosteniéndola con una mano, y nadando con la otra". (23)

Es curioso leer que Humboldt aconsejó el uso del camello en México. Dice: "Hablando de las comunicaciones entre las costas del mar del sur y las del océano atlántico, hemos observado cuán útil sería al reino de Méjico la introducción de camellos". (24) Trajo la idea de Caracas donde el marqués de Toro los había hecho venir desde las Canarias.

Se dió cuenta del uso que todavía hacían muchos habitantes del país de los pintorescos temazcalli "que son unos verdaderos baños de vapor" y los describe en su estructura y funcionamiento.

Reduce a la verdad aquellas ideas fantásticas, esparcidas en Europa, sobre la abundancia de oro y plata, metales que se emplearían hasta en muebles y utensilios de cocina y se moía de los viajeros que esperan hallar en México llaves, goznes y cerraduras de plata maciza. Pero sí extrañarán de ver "gentes del pueblo con los pies desnudos, pero guarnecidos de enormes espuelas de plata". (25)

En diferentes lugares hallamos apreciaciones acerca del carácter nacional. Como impresión general manifiesta al principio de su obra que "le sorprendió lo adelantado de la civilización de la Nueva España respecto de las partes de la América meridional que acababa de recorrer". (26) Nota la melancolía del indio en la música y el baile indígenas, faltos de "alegría natural". Se da cuenta del gusto de los mexicanos por la pintura, la escultura en piedra y madera y por las flores que han conservado desde los tiempos antiguos cuando un ramillete de flores era el regalo más preciado para un embajador que visitaba la corte de Moctezuma, gusto "que acredita indudablemente la sensación de lo bello". En el indio llegado a cierta cultura Humboldt halla "grande facilidad para aprender, un juicio exacto, una lógica natural, una particular inclinación a sutilizar... raciocina fríamente y con orden". En cambio le reprocha la falta de imaginación: "No manifiesta esta vivacidad de imaginación, este colorido de pasión, este arte de crear y producir, que caracteriza los pueblos del mediodía de Europa". (27)

Lo que sigue a esta afirmación y que citamos en seguida corrobora nuestra hipótesis de lo difícil que es para el costumbrista extranjero de entrar en lo profundo de la mentalidad del pueblo que describe:

"Sin embargo no apunto esta opinión sino con timidez; es preciso ser circunspecto en extremo cuando se trata de decidir acerca de lo que se llaman disposiciones morales o intelectuales de los pueblos que están separados de nosotros, por los millares de estorbos que nacen de la diferencia de idiomas, hábitos y costumbres. El observador filósofo encuentra mucha inexactitud en cuanto se ha impreso en el centro de la culta Europa acerca del carácter nacional de los españoles, de los franceses, italianos y alemanes. ¿Cómo pues un viajero, con sólo haber arribado a una isla, con haber estado algún tiempo en un país remoto, puede arrogarse el derecho de sentenciar sobre la diversidad de las facultades del alma, y sobre la superioridad de la razón, del ingenio y de la imaginación de cada pueblo?" (27)

## N O T A S

Excepción hecha del Nr. 6, las notas se remiten a Humboldt, Alejandro de, Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España,

Nr. 1	Tomo I,	página	140
" 2	" III,	"	149
" 3	ibídem		
" 4	Tomo I	"	135
" 5	" III	"	135
" 6	Larousse	"	648
" 7	Tomo IV	"	9
" 8	" II	"	438
" 9	" IV	"	10
" 10	" I	"	258
" 11	" I	"	250
" 12	" I	"	182
" 13	" II	"	67
" 14	" I	"	189
" 15	" II	"	350
" 16	" II	"	340
" 17	" I	"	165
" 18	" I	"	337
" 19	" I	"	322
" 20	" I	"	384
" 21	" I	"	188
" 22	"	ibídem	
" 23	" IV	página	45
" 24	" IV	"	54
" 25	" I	"	249
" 26	" I	"	1
" 27	" I	"	183
" 28	" I	"	184

IV  
CONCLUSION

De suyo, el género costumbrista es de difícil avalúo. La disección fría de las costumbres destruye la índole literaria. El contenido novelesco debilita lo documentario. Un novelista brillante puede ser un costumbrista especioso. Por otro lado no todos los que escriben costumbrismo saben resucitar las costumbres. A veces una película fantástica con un ligero fondo costumbrista logra aproximarnos más al medio ambiente de una época que un relato objetivo. Lope de Vega no era historiador, mas sabía comunicar al través de su teatro el sentido histórico de una época. Tal vez vale más, tener que reprochar a un costumbrista la imaginación exagerada que no la retahíla seca de una enumeración de datos objetivos. La novela de costumbres es menos directa, menos didáctica, que el cuadro de costumbres, porque disemina en un ancho espacio lo que el cuadro de costumbres reconcentra en pocas páginas. Un lector acepta en lo general con mejor voluntad lo que se le da a vislumbrar en una obra de ficción que no aquello que sabe a enseñanza en un artículo "ad hoc". Como en los anuncios, lo evidente y diáfano es olvidado en el acto; lo enigmático en cambio nos obliga mal de nuestro grado a hacer un esfuerzo mental que deja un recuerdo. En la literatura no hay manera menos interesante de decir las cosas que la de decir las. Lo que inferimos, nos da la satisfacción de haberlo encontrado nosotros. Lo que enuncia el autor no nos deja tal mérito. En la novela o el cuento corto de costumbres el lector abstrae el costumbrismo. En el cuadro de costumbres el autor lo presenta ya abstraído.

El costumbrismo vernáculo es al costumbrismo extranjero lo que el hermano al extraño. Este habla de nosotros. Aquel nos habla. Es más: los lectores del uno pueden juzgar de lo que leen acerca de sus propias costumbres; los del otro aceptan lo que se les dice sobre un país que no conocen. Resulta que el costumbrista extranjero puede dejar rienda suelta a su imaginación y sus sentimientos. El costumbrista que escribe para el consumo doméstico se expone a su vez a la crítica de los que critica. En cambio el costumbrista extranjero, y más aquél que se vale de un idioma diferente al del país cuyas costumbres narra, se halla tanto menos expuesto a la crítica cuanto más lejos queda la tierra que describe. Si leemos los cuentos de "Mil y una noche", estamos "a priori" dispuestos a comulgar con ruedas de molino en todo lo que atañe a las costumbres de Persia. La exageración, lo novelesco y lo extraordinario han de hallarse, pues, con más probabilidad en el costumbrismo extranjero que no en el vernáculo. Hoy por hoy el cinema se encarga de cortar las alas a la imaginación y de humanar el paraíso en que nuestro antojo de viaje quiere convertir cualquier país desconocido.

De la obra de Gabriel Ferry, sólo las "Scènes de la vie mexicaine" pueden reclamar para sí, hasta cierto grado, la pertinencia al género costumbrista a la manera de Mesonero Romanos, género nuevo, nacido del periodismo, y cuya cualidad esencial es la observación directa en el presente. El género que corresponde a la observación directa en el pasado son las memorias. Dijimos más arriba "hasta cierto grado", puesto que los artículos de la "Revue des deux mondes" prestaban una actualidad ficticia y aparente a las observaciones hechas muchos años antes, circunstancia que los lectores de la revista no podían saber. Entonces, estas escenas vienen a ser memorias redactadas en forma de cuadros de costumbres.

Las "Scènes de la vie militaire mexicaine", en cambio, son novelas cortas con fondo histórico o de crónica ceñidas con un falso nimbo de costumbrismo que consiste en el título engañoso y la presentación en forma de artículos de revista, es decir la misma forma en que estaban escritas las escenas anteriores, en cuyas páginas los lectores de la "Revue des deux mondes" estaban acostumbrados de hallar costumbrismo mexicano. El primer artículo de la serie que más tarde había de formar las "Scènes de la vie sauvage au Mexique" vió la luz pública en 1846; la última de las cinco escenas "Cabecillas et Guerrilleros scènes de la vie militaire au Mexique" no apareció antes de 1851.

El conjunto de los artículos "Les Révolutions du Mexique" pertenece al género de retratos; el artículo sobre "La guerre des Etats-Unis et du Mexique, scènes et épisodes de l'invasion" a la literatura de guerra.

Quedan la novela "Costal l'indien", la cual es dable calificar entre la novela de costumbres y la novela histórica, y la novela "Le coureur des bois ou les chercheurs d'or". Esta última tiene un lugar aparte. Si bien merece la misma calificación genérica que "Costal l'Indien", su ligero fondo histórico es europeo y las costumbres que encierra no son menos americanas que mexicanas. Ferry habla del "cuadro de las costumbres del desierto que tratamos de trazar" (142, notas del Cap. II Gabriel Ferry) y en otra parte: "En medio de los desiertos del "Far-West", en las lejanas "prairies" del occidente de América" (143). La comparación con las novelas de Fenimore Cooper se impone. El biógrafo desconocido, de cuyos comentarios nos hemos servido una y otra vez, llama la novela "verdadera epopeya del desierto" y la encarece como la primera obra original al estilo de las de Cooper (144). George Sand habla de Ferry como el "émulo de Cooper" (145) y en la versión española del prefacio, varias veces citado de la francesa, el traductor cita a León Gozlan, quien coloca a Ferry "en el primer lugar al lado de Cooper".

La lectura del "Coureur des Bois ou les chercheurs d'or" como la de las novelas de Fenimore Cooper, ha dado origen a todo un ciclo de historias, que para el europeo envolvía fantásticamente los grandes espacios del Far-West, donde tendrían lugar los innumerables



episodios con los cuales todavía hoy los cinemas de mala muerte entusiasman a los niños de todas las edades. Basadas en una trabazón de intrigas de estampilla siempre resueltas por la violencia, estas escenas giran al rededor de la voz clave "prairie" formando todo un conjunto de palabras, gestos y hechos en incansable repetición, en el cual el arte de leer huellas, el arrancar del cuero cabelludo y la tortura en el poste de tormento son el pan de cada día, "tal es todavía hoy" exclama Ferry "la amenidad de las costumbres en las "prairies" (146). Esas novelas insinúan la comparación con las de caballería hasta en el efecto que su inmoderada lectura puede producir en sus aficionados y bien se acuerda él que escribe, con qué entusiasmo leyó, tratando de imitarlo luego en los bosques, al célebre "Coureur des bois" de Gabriel Ferry.

La dama inglesa, el poeta español y el sabio alemán, a la vez que describir las costumbres de México y juzgar de la índole nacional de sus habitantes, ponen de manifiesto su duda e incertidumbre acerca de la validez de un juicio emitido sobre un pueblo remoto. La marquesa observa el cambio que su criterio sufre entre la primera impresión y la segunda, reflexionada, de dos años después. Zorrilla habla de las "inauditas patrañas" que los viajeros franceses levantarían con respecto a México, y Humboldt, enderezando una crítica similar pero más generalizada contra los costumbristas europeos, confiesa francamente su timidez al formar un juicio sobre las cualidades del carácter nacional mexicano. El único que se siente libre de esa duda o inquietud es Gabriel Ferry, y es él entre los cuatro escritores extranjeros que menos se acerca de la realidad mexicana. Ferry es el único entre los cuatro que se había propuesto deliberadamente de producir costumbrismo. En los otros tres el costumbrismo no quiere ser esencial. Describen lo que ven sin haberlo buscado y esas incrustaciones casuales, frecuentes en las cartas de la marquesa, no tan frecuentes en los recuerdos de Zorrilla y raras en los ensayos de Humboldt, pero espontáneas en los tres, tienen el sabor fresco de lo realmente visto y vivido, captado al paso y mencionado de pasada, cualidad que falta al costumbrismo intencional de Ferry, conservado demasiado tiempo en el laboratorio del literato. Si el visitante de un país extranjero ha de dar su opinión sobre las costumbres que pudo observar, aunque, en nuestro entender, no puede siempre captar su esencia, que sea al menos improvisada y espontánea, ya que la reflexión posterior y más aún la fermentación novelística aja la frescura de la primera impresión. De no haber dado aquellos títulos a sus libros los tomaríamos como ficción y no habría lugar de acusar su costumbrismo de ficticio. Sus títulos obedecen a una costumbre literaria de la época, costumbre sancionada por el gran Balzac, sólo que éste describió las costumbres de su propio país en cuanto Ferry juzga de las de un país lejano.

Para los naturales del país las escenas mexicanas de Gabriel Ferry son de los monumentos literarios que una y otra vez han sido erigidos a la patria en habla extranjera y que sorprenden a los mexicanos

cuando, al mirarlos con atención, se dan cuenta que es de ellos que tratan. Son rayos de luz que alumbran o ensombrecen, pero que a la vez coloran y a veces colorean por haber pasado al través del prisma de una mentalidad ajena que no era mexicana, sino, como v.gr. en el caso de Ferry, muy francesa y que debía de dejar su matiz propio, como dejó, aunque en un grado más sutil, Juan Ruiz de Alarcón vestigios de su juventud mexicana.

Célebre por sus apuntes históricos en "Las Revoluciones de México", querido por el entusiasmo aventurero que en su "Cazador nómada" supo comunicar a la juventud no sólo francesa, Gabriel Ferry ha dado a la literatura de su país las premicias de un talento, que de haber podido llegar a la madurez, habría dejado a la posteridad obras de mayor aliento todavía que aquellas que pudo producir un aficionado en cinco escasos años.

Su pintura de las costumbres mexicanas con el cromatismo exótico que la ilumina sirvió para enlazar la imaginación de sus compatriotas con aquel lejano país que para los franceses no menos que para los otros europeos, excepción hecha de los peninsulares, era punto menos que desconocido.

Fin

V

BIBLIOGRAFIA

## BIBLIOGRAFIA

**Aimard, Gustave.—Les nuits mexicaines.**

Paris, Le livre populaire, Arthème Fayard et Cie., Ed. Rue du St-Gothard 18 et 20.

**Balzac, Honoré de.—Le Père Goriot.**

Paris, Ernest Flammarion, Editeur, 26, Rue Racine.

**Balzac, Honoré de.—Eugénie Grandet.**

I et II avec des Notices biographiques, historiques et littéraires par Félix Girard et André V. Pierre. Classiques Larousse, Librairie Larousse, Paris.

**Caballero, Fernán.—La Gaviota.**

Colección Austral, Espasa - Calpe Argentina, S. A Buenos Aires, México.

**Caballero, Fernán.—La Familia de Alvareda.**

Tercera edición, Colección Austral, Espasa - Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, México.

**Calderón de la Barca, Madame.—Life in Mexico.**

With a preface by W. H. Prescott.  
Third Edition. México 1910. The Aztec, Gante 8.

**Cervantes Saavedra, Miguel de.—Don Quijote de la Mancha.**

W. M. Jackson, Inc., Editores Londres, etc., 4 tomos.

**Cooper, James Fenimore.—The last of the Mohicans, a narrative of 1757, illustrated by N. C. Wyeth.**

New York 1937, Charles Scribners Sons.

**Crouzet, P. Audic, C., Abry, E.—Histoire illustrée de la Littérature Française. Paris 1922. Henri Didier, Ed.**

**Cuéllar, José Tomás de.—La Linterna Mágica.**

Tomos I Baile y Cochino Barcelona 1889. Espasa y Compañía.  
II Ensalada de Pollos I. Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.

- „ III Ensalada de Pollos II. Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.
- „ IV Los Mariditos. Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.
- V Historia de Chucho el Ninfo I, Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.
- „ VI Historia de Chucho el Ninfo I, Barcelona 1890. Hermenegildo Miralles.
- VII Los Fuereños y La Noche Buena, Santander 1890. El Atlántico, Blanchard y Compañía.
- IX Artículos ligeros sobre Asuntos Trascendentales, Santander 1890, El Atlántico, Blanchard y Compañía .
- „ X Artículos ligeros sobre Asuntos Trascendentales. Tomo II Santander 1891. El Atlántico, Blanchard y Compañía.
- XI Isolina la Ex-Figurante (Apuntes de un Apuntador) Tomo I Santander 1891, Blanchard y Compañía.
- XII Isolina la Ex-Figurante (Apuntes de un Apuntador) Tomo II Santander 1891, Blanchard y Compañía.
- XIII Las Jamonas, Secretos íntimos del tocador y del confidente. Tomo I, Segunda Edición, Santander 1891. L. Blanchard.
- XIV Las Jamonas, Secretos íntimos del tocador y del confidente. Tomo II, Segunda Edición, Santander 1891. L. Blanchard.
- XVI Las Gentes que "son así" (Perfiles de hoy) Tomo I, Seg. Ed. Santander 1891. L. Blanchard.
- XVII Las Gentes que "son así" (Perfiles de hoy) Tomo II, Seg. Ed. Santander 1892. L. Blanchard.
- XVIII Las Gentes que "son así" (Perfiles de hoy) Tomo III Seg. Ed. Santander 1892. L. Blanchard.
- XX Vistazos. Estudios sociales. Santander 1892. L. Blanchard.
- XXII Artículos Ligeros sobre Asuntos Trascendentales, Segunda Serie. Santander 1892. L. Blanchard.
- XXIII Gabriel el Cerrajero o Las Hijas de mi Papá, Tomo I Segunda Edición, Santander 1892. L. Blanchard.
- XXIV Gabriel el Cerrajero o Las Hijos de mi Papá, Tomo II Segunda Edición, Santander 1892. L. Blanchard.

**Ferry, Gabriel.** (seud. de Eugène Louis Gabriel de Bellemare).

*Le coureur des bois ou les chercheurs d'or.* 4e éd.—Paris 1856  
Libr. de L. Hachette & Cie, vol. 16e.

**Ferry, Gabriel.**—*Costal l'Indien.*

Paris 1906 - 4e. éd. Libr. L. Hachette & Cie, illustr.

**Ferry, Gabriel.—El indio Costal o el dragón de la reina. Escenas de la guerra de Independencia de México.** Prefacio de Jorge Sand. México 1908. Libr. de la Vda. de Ch. Bouret. En 12o.

**Ferry, Gabriel.—Les révolutions du Mexique.** Préface par George Sand. Paris 1864. E. Dentu, Galerie d'Orléans, Palais Royal, En 12o.

**Ferry, Gabriel.—Scènes de la vie sauvage au Mexique.**

3e. éd. Paris 1856, Charpentier, libr. édit. En 16o.

contiene los siguientes artículos publicados en la "Revue des deux Mondes":

Souvenirs des côtes de Californie. José Juan. le pêcheur des perles.

R.d.d.M. 1846 - 3 - p. 239.

Souvenirs des côtes de l'Océan Pacifique. Une guerre en Sonora.

R.d.d.M. 1846 - 4 - p. 889.

L'Île du Tiburon. Cayetano le contrabandiste. Souvenirs des côtes de l'Océan Pacifique.

R.d.d.M. 1846 - 5 - p. 294.

Les Gambusinos, scènes de la vie des bois dans l'Amérique du Sud.

R.d.d.M. 1846 - 6 - p. 648.

L'Hacienda de la Noria I. Le dompteur de chevaux. Scènes de la vie des bois en Amérique.

R.d.d.M. 1846 - 7 - p. 67.

L'Hacienda de la Noria II. Bermúdez el matasiete. Scènes de la vie des bois en Amérique

R.d.d.M. 1846 - 7 - p. 484.

Le saltador. Scène du désert et de la vie mexicaine.

R.d.d.M. 1847 - 1 - p. 5.

**Ferry, Gabriel.—La guerre des Etats-Unis et du Mexique. Scènes et épisodes de l'invasion.** "Revue des deux Mondes" 1847 - 5 - p. 385.

**Ferry, Gabriel.—Scènes de la vie militaire au Mexique.**

Paris 1858, Libr. de L. Hachette et Cie. En 12o.

contiene los siguientes artículos publicados en "la Revue des deux Mondes":

Cabecillas et Guerrilleros. Scènes de la vie militaire au Mexique.

I. Le capitaine Ruperto Castanos. (no ñ).

R.d.d.M. 1850 - 7 - p. 246.

Cabecillas et Guerrilleros. Scènes de la vie militaire au Mexique.

II. Les sept norias de Baján.

R.d.d.M. 1850 - 8 - p. 664.

Cabecillas et Guerrilleros. Scènes de la vie militaire au Mexique.

Le soldat Cureño. (no ñ).

R.d.d.M. 1851 - 1 - p. 83.

Cabecillas et Guerrilleros. Scènes de la vie militaire au Mexique.

Cristino Vergara.

R.d.d.M. 1851 - 5 - p. 130.

Cabecillas et Guerrilleros. Scènes de la vie militaire au Mexique. Le rastreador.

R.d.d.M. 1851 - 6 - p. 690.

**Ferry, Gabriel.** (Louis de Bellemare).—**Scènes de la vie mexicaine.** Paris

1855. Victor Lecou, Editeur. Libraire de la Société des Gens de Lettres. Rue du Boulot, 10.

Contiene los siguientes artículos publicados en la "Revue des deux Mondes":

Scènes de la vie mexicaine. Fray Serapio.

R.d.d.M. 1847 - 6 - p. 820.

Scènes de la vie mexicaine Perico el zaragate.

R.d.d.M. 1847 - 3 - p. 70.

Scènes de la vie mexicaine. Remigio Vázquez.

R.d.d.M. 1847 - 8 - p. 1036.

Les mineurs de Rayas. Scènes de la vie mexicaine.

R.d.d.M. 1848 - 2 - p. 688.

Scènes de la vie mexicaine Le capitaine don Blas et la conducta de platas.

R.d.d.M. 1848 - 3 - p. 5.

R.d.d.M. 1848 - 3 - p. 410.

Les jarochos. Scènes de la vie mexicaine.

Le pilote Ventura. Scènes de la vie mexicaine.

R.d.d.M. 1848 - 4 - p. 674.

Scènes de la vie mexicaine Moeurs judiciaires. Le licencié don Tadeo Cristóbal.

R.d.d.M. 1849 - 6 - p. 744.

**García Cubas, Antonio.**—**El libro de mis recuerdos.** México 1945. Editorial Patria, S. A.

**Heredia, José María de.**—**Les Trophées.**

Paris 1893, Alphonse Lemerre édits. En 12o.

**Humboldt, Alejandro de.**—**Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España,** trad. al español por D. Vicente González Arnao. Paris 1882 en la casa de Rosa, Gran patio del Palacio Real, y calle de Montpensier Nr. 5.

**Inclán, Luis G.**—**Astucia o Los Hermanos de la Hoja.** 2 tomos. México 1945. Editorial Hispano Mexicana. 5 de Mayo número 59.

**La Rochefoucauld.**—**Maximes.** Classiques Larousse, Librairie Larousse, Paris.

- Larra**, Mariano José de. (Fígaro).—**Obras completas**. Tomo I y II. México 1845. Impreso en papel mexicano en la calle de la Palma No. 4.
- Lesage**, **Gil Blas de Santillane** (Extraits).  
Classiques Larousse. Paris. Librairie Larousse.
- Lizardi**, J. Joaquín Fernández de. (El Pensador Mexicano).  
**El Periquillo Sarmiento**. Ediciones Cicerón, México. Biblioteca de novelas mexicanas. Tomos I y II.
- Los Mexicanos pintados por sí mismos**.—Por varios autores. México 1935. Biblioteca Nacional y estudios Neolitho. (Ed. orig. en 1854 M. Murguía, Portal del Águila de Oro).
- Mesoneros Romanos**, Ramón de. (El curioso parlante).—**Escenas Matritenses**. Buenos Aires 1942. Espasa-Calpe, Argentina, S. A. Buenos Aires. México.
- Molière**.—Classiques de l'arbre, Collection dirigée par Auguste Viatte.  
**Comédies**, introduction et notes par Georges Ræders.  
Montreal. Editions de L'Arbre.
- Montaigne**, **Essais** (Extraits), Classiques Larousse. Paris. Libr. Larousse.
- Montesquieu**, Pages choisies I. **Lettres Persanes**. Cl. Larousse. Paris.  
Libr. Larousse.
- Pequeño Larousse ilustrado**.—Décima-novena edición. Libr. Larousse, Paris.
- Rivera**, José María.—**El Músico de Cuerda. El Vendutero. El Arriero. El Cajista. El Ranchero. El Maestro de Escuela. El Mercero. La Chiera. El Peluquero. El Barbero. El Cómico de la Legua. El Sereno. La China. El Escribiente**. Artículos publicados en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver más arriba).
- Tovar**, Pantaleón.—**La Recamarera**. Artículo publicado en "Los Mexicanos pintados por sí mismos" (ver más arriba).
- Voltaire**, **Zadig ou la destinée**. Editorial Araujo. B. Aires.
- Virgili Maronis**, P.—**Opera**.  
Ex Typographia Abbatiana, Neapoli 1745.
- Zorrilla**, José.—**Recuerdos del tiempo viejo**.  
Barcelona 1880-82, Impr. de los Sucs. de Ramírez y Co.



# INDICE

I	
Consideraciones Generales .....	1
II	
Gabriel Ferry .....	5
III	
Otros Escritores Extranjeros:	
France Erskine Inglis de Calderón de la Barca .	46
José Zorrilla .....	59
Alejandro de Humboldt .....	65
IV	
Conclusión	73
V	
Bibliografía .....	77



FILOSOFIA

## FE DE ERRATAS

- pág. 1 último párrafo, primera línea: sobra la coma después de la tercera palabra.
- 32 línea 2: éléments.
- „ 32 penúltima línea: appartements.
- „ 35 nota 38, línea 3, segunda palabra: à.
- 49 línea 8: naturaleza.
- 56 línea 6 de abajo, sexta palabra: the.
- „ 60 línea 22, penúltima palabra: embajada.
- 69 tercer párrafo, línea 11: llenan.
- 81 línea 18: Larousse.